



Platea Teatro
presenta:

Usted tiene ojos de mujer fatal

de
Enrique Jardiel Poncela

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

Asistimos a la muerte del mito del don Juan de la mano del más puro humor absurdo de los años treinta con sello español, desempolvando la obra de Jardiel Poncela.

Con una lista interminable de conquistas a sus espaldas, Sergio Hernán es un seductor incorregible que se cree inmune al amor. Su fama de galán llega a oídos de los Pantecosti, una familia de aristócratas desesperados por impedir la boda de su anciano tío con una joven, que tras un desengaño amoroso está dispuesta a resignarse a un matrimonio de conveniencia. Se sellará así un trato que pondrá a prueba la paciencia, la reputación y el corazón de Sergio.

PERSONAJES *(por orden de intervención):*

- PEPITA, Marquesa del Robledal
- OSHDORI, criado
- ELENA Fortún
- FRANCISCA Montánchez
- ÁGATA
- SERGIO Hernán
- LEONOR, secretaria
- ADELAIDA, Condesa de San Isidro
- Reginaldo, Barón de PANTECOSTI
- BEATRIZ, Baronesa de Pantecosti
- FERNANDA, hija de Pantecosti
- MARIANA, hija de Pantecosti
- ROBERTO, cuñado de Pantecosti
- JULIA, sobrina de Pantecosti
- NINA, sobrina de Pantecosti

Prólogo y Primer Acto, en Madrid. Segundo y Tercer Actos en un hotel de Cercedilla.
Época de 1930.

Lados, los del público.

PRÓLOGO

Se Alza el telón. Proyección de Créditos Iniciales, acompañados de una cómica música, tal como aquellas películas mudas de los años veinte. En la proyección se puede leer: Madrid, 1931, Café Sakuska. Inmediatamente después, aparecen en escena seis mujeres fatales, vestidas elegantísimamente, misteriosas, con rostro cubierto por un antifaz. Sergio Hernán, el eterno seductor, entra conquistando a su paso a todas ellas, hasta que se detiene a bailar con una de ellas. Todas bailan al ritmo del charlestón. Finalmente, el Don Juan sale acompañado de la escogida y el resto de féminas desaparecen. Oscuro.

Comienza a oírse el tema “Oh Marie!”. Comienza la acción a las dos de la tarde de un día de primavera.

Sala de un elegante apartamento. En el foro central hay un arco que conduce hacia el pasillo. Una salida en el lateral izquierdo conduce a la habitación de Sergio, dos más a la derecha conducen a otras dos habitaciones de invitados. Cerca de las habitaciones, un fonógrafo eléctrico. Ventanal con cortinas rojas. Un diván también rojo. Un perchero. En un mueble, cuatro únicos libros, iguales en tamaño, forma y encuadernación, también un puñado de revistas, un servicio de licores y tabacos, una caja de puros, un costurero y una pequeña campana. Un espejo en la pared. Una mesita con un teléfono a la derecha.

La escena, puesta con un sentido personalísimo, es una de esas habitaciones que atraen por igual a las mujeres formales que a los hombres informales; una de esas habitaciones pintorescas y voluptuosas donde todo se combina para formar confidenciales rincones, en los cuales es frecuente que —al anochecer— las visitas femeninas se detengan largos ratos a inquirir detalles y a hacer preguntas, aunque sin aguardar nunca —naturalmente— las respuestas. Los asientos son amplios, cómodos y resultan propicios a cualquier decisión; las luces están instaladas de modo imprevisto, y en cuanto a los muebles, son tan selectos, que, ninguno vale para nada.

Entra por el pasillo Oshidori. Oshidori, un criado que aunque tiene treinta y tres años, en su cédula pone treinta y dos, él representa veintiocho y declara veinticinco. Viste irreprochablemente y habla, acciona y procede dentro de la órbita de la más exquisita depuración. Oshidori apaga el fonógrafo, con lo que el O’Marie, que deja de oírse. Entra Pepita por el pasillo. Pepita es una doncella que no tiene de doncella más que el uniforme; su distinción al moverse y sus modales denuncian en ella a la gran dama. Trae al brazo un frac.

PEPITA.—Avanzando. El frac, Oshidori. *Se lo da.*

OSHIHORI.—Gracias, marquesa. *Lo deja en un perchero. ¿Y el señor?*

PEPITA.—Duerme.

OSHIHORI.—¿A qué hora vino anoche, marquesa?

PEPITA.—A las doce.

OSHDORI.—¿Solo?

PEPITA.—Acompañado. Y a la una volvió a marcharse.

OSHDORI.—¿Acompañado?

PEPITA.—Solo. Y a las cinco regresó de nuevo oliendo a whisky.

OSHDORI.—¿Solo?

PEPITA.—Con hielo.

OSHDORI.—No me refería al whisky, sino al señor, marquesa. *Calculando*. Pues cinco y diez son quince... *Consultando su reloj*. Ahora son las dos, que son las catorce... *Resumiendo y guardándose el reloj*. Marquesa, prepare el desayuno del señor para las quince, que son las tres.

PEPITA.—Muy bien. *Se va por el pasillo. Suena el teléfono*.

OSHDORI.—*Descolgando el auricular*. ¡Diga! ¡Ah! *Amabilísimo*. Señora condesa... Oshidori, para servir a la señora condesa. Efectivamente: el señor duerme todavía... Muy bien. Le despertaré inmediatamente. ¿Qué es lo que debo preguntar al señor, que si esta tarde a las cinco o que si mañana a las cuatro? Perfectamente; corro a preguntárselo. *Se retira el auricular del oído, tapa la bocina y durante un rato permanece inmóvil, de pie junto a la mesita. Pasado el rato destapa la bocina y vuelve a aplicarse el auricular*. ¿Señora condesa? El señor, que se ha alegrado extraordinariamente de que le despertase acaba de expresarme, con lágrimas en los ojos, cuánto lamenta no poder acudir ni hoy a las cinco ni mañana a las cuatro al sitio donde él y la señora condesa saben. Dice que irá cualquier otra tarde, sin fijar fecha; pero, eso sí, suplica a la señora condesa que no se impacienta por muchas tardes que tarde en llegar esa tarde... ¿Cómo? *Asombrado de la burrada que por lo visto le ha contestado la condesa*. Muy bien. Así mismo se lo comunicaré al señor, señora condesa. *Cuelga*. La verdad es que el señor tiene razón cuando dice que la condesa sólo se diferencia de un carabinero en que fuma con la mano derecha... Aunque claro que tiene motivos: en un mes se ha llevado trece plantones. Y ahora, a despachar la conquista de anoche. *Acercándose a la primera puerta de la derecha*. Debe de estar aquí. *Llamando con los nudillos*. Señora... ¡Señora!... *Saca un manojo de llaves*.

ELENA.—*Dentro*. ¿Quién llama?

OSHDORI.—Aquí está. *Hace jugar la llave, abre la puerta y aguarda de pie firme junto a ella. Inclinandose*. Señora... *Entra Elena*. Tiene alrededor de los veinticinco años, pero con la luz eléctrica no debe aparentar más de veinte. Es una belleza graciosa y pensativa. *Mujer moderna, hecha para las sensaciones, lo mismo se la confundiría con una de aquellas dulces y románticas damas que aun pueden verse en los viejos grabados de la escuela inglesa. Ahora Elena se viste con un pijama frívolo y se reviste con una actitud profundamente grave con una manta a los hombros. Avanza y se detiene un instante junto al fonógrafo*.

ELENA.—¡El fonógrafo! ¡El maldito fonógrafo! *Da dos pasos más y se encara con Oshidori.* ¿Quién es usted?

OSHIDORI.—Soy Oshidori, el criado del señor.

ELENA.—¡Ah! ¿Es usted el criado de Sergio?

OSHIDORI.—Sí, señora. Pero no lo parezco, ¿verdad, señora?

ELENA.—No. No lo parece usted.

OSHIDORI.—Todo el mundo me lo dice.

ELENA.—¿Y cómo no le vi a usted anoche cuando yo vine?

OSHIDORI.—Porque ayer me despedí después de vestir al señor para la tarde; era sábado y yo, como buen español, hago la semana inglesa...

ELENA.—Entonces, ¿quizá no puede usted decirme dónde está ahora Sergio?

OSHIDORI.—*Rápidamente.* El señor no está en casa, señora.

ELENA.—¿Que no está en casa? Tengo la certidumbre de que está... *Va hacia la puerta de la alcoba.* ¡Ya lo creo que está! *Despreciativa.* ¡Y durmiendo! *Indignada.* ¿Por qué ha mentado?

OSHIDORI.—*Recurriendo a toda su habilidad.* Señora, cuando un hombre duerme teniendo en la habitación de al lado una mujer como la señora, lo mejor que se puede decir de él es que no está en casa...

ELENA.—Tiene usted razón. *Mirándole con curiosidad.* Y lo ha dicho usted muy bien; con una frase muy intencionada...

OSHIDORI.—*Rectificando modestamente.* La frase no es mía.

ELENA.—Pues ¿de quién es?

OSHIDORI.—Del señor.

ELENA.—Eso hará Sergio; ¡frases!

OSHIDORI.—Y no es poco, señora. La Humanidad entera no ha hecho otra cosa hasta el presente. El mundo se creó con la frase "hágase la luz"; se pobló con la de "creced y multiplicaos", y se civilizó con la de "vacaciones sin kodak son vacaciones perdidas".

ELENA.—*Sonriendo.* Eso me ha hecho gracia...

OSHIDORI.—Pues también es del señor.

ELENA.—*Poniéndose seria.* Lo siento. Pero en cambio me alegra observar que tiene usted un aire respetable, Oshidori. Y le voy a comunicar un secreto...

OSHDORI.—La señora me distingue mucho.

ELENA.—El secreto es éste: Oshidori, su amo es un canalla. *Después de una pausa.* ¿Qué dice usted?

OSHDORI.—Que en ocho años mil cuatrocientas señoras me han comunicado el mismo secreto que la señora.

ELENA.—¿Mil cuatrocientas señoras? ¿Y en ocho años?

OSHDORI.—A ciento setenta y cinco señoras un año con otro. Lo he calculado varias veces.

ELENA.—Entonces, ¿qué clase de hombre es éste?

OSHDORI.—Un don Juan, señora. Un don Juan que se llama Sergio, Un Barba Azul al que yo afeitó la barba dos veces al día.

ELENA.—Luego ¿su fama?...

OSHDORI.—Cierta.

ELENA.—¿Y lo de que no ha habido una mujer que se le resista?

OSHDORI.—Absolutamente verdad, señora.

ELENA.—¿Y eso de que jamás se ha enamorado de ninguna?

OSHDORI.—Completamente exacto.

ELENA.—¡Estúpida de mí! Y yo que pensé que lo que se contaba era exagerado. *Transición. Confidencial.* Pero imagínese, Oshidori, que después de muchos meses de pensar en él me lo encontré de pronto ayer tarde en Sakuska...

OSHDORI.—Va mucho.

ELENA.—Eran las siete. Caía la tarde. Todavía brillaban al sol algunas azoteas y el cielo se había teñido de morado. ¿Se lo imagina?

OSHDORI.—Sí, señora.

ELENA.—Me parece que no se lo imagina, Oshidori.

OSHDORI.—Sí, señora, sí. Me lo imagino como si lo estuviera viendo. No obstante, cerraré los ojos para imaginármelo mejor. *Cierra los ojos.* Me imagino a la señora en Sakuska sentada en una mesa de la derecha...

ELENA.—¡No! De la izquierda.

OSHDORI.—Eso es; de la izquierda. A veces falla la imaginación, ¿sabe?

ELENA.—Anochecía... A mí el crepúsculo me pone muy triste...

OSHDORI.—A mí también. Y se explica. Al fin y al cabo, el crepúsculo es un fracaso de la Naturaleza.

ELENA.—*Admirada.* ¡Qué bonito, Oshidori!

OSHDORI.—*Siempre modesto.* Es una frase del señor.

ELENA.—¡Vaya por Dios! Pues estaba yo triste, triste... y sentía ganas de... no sabía de qué...

OSHDORI.—Quizá de llorar.

ELENA.—¡Eso! De llorar. Cuando, de pronto, se detuvo a la puerta un coche...

OSHDORI.—Rolls Royce.

ELENA.—Y bajó de él un hombre...

OSHDORI.—El señor.

ELENA.—No. Primero bajó el chófer...

OSHDORI.—Indalecio.

ELENA.—Después bajó Sergio y entró en Sakuska. Entró erguido, fascinador, dominándolo todo con la mirada, levantando a su paso una nube de cuchicheos femeninos, elegantísimo, vistiendo un traje...

OSHDORI.—...azul con rayitas blancas.

ELENA.—Sí. ¿Cómo lo sabe?

OSHDORI.—Se lo había puesto yo.

ELENA.—¡Es verdad! Ya no me acordaba. Y en el ojal de la solapa lucía. . .

OSHDORI.—...una dalia. Los sábados por la tarde le toca dalias...

ELENA.—Una dalia, justamente. Entró, se fijó en mí, me invitó y merendamos juntos...

OSHDORI.—...sin que la señora pudiera precisar lo que tomaron.

ELENA.—¡Eso es! Pero ¿cómo lo adivina usted todo?

OSHDORI.—Ocho años al servicio del señor... Mil cuatrocientos "casos" observados... ¿Y después?

ELENA.—Después paseamos por el campo. Hablamos del alma. Me dijo que estaba muy solo...

OSHDORI.—Eso suele decir cuando está junto a una mujer.

ELENA.—Me recitó versos de Byron.

OSHDORI.—¿Y de Lamartine?

ELENA.—¡También! Calle usted... ¿qué fue lo que me recitó de Lamartine?

OSHDORI.—"El lago".

ELENA.—¡"El lago", sí!...

OSHDORI.—Siempre recita "El lago". Lo único que sabe de Lamartine es "El lago" y que le gustaban mucho las alcachofas.

ELENA.—Tengo entendido que lo que le gustaban a Lamartine eran los espárragos.

OSHDORI.—Precisamente; pero el señor se le han metido en la cabeza las alcachofas. ¿Y luego, señora?

ELENA.—Luego comimos en un reservadito de cierto restaurante campestre. Me contó cosas de su vida... Porque ha debido de viajar mucho, ¿verdad?

OSHDORI.—Tanto como un maletín roto.

ELENA.—Y después... ya a media noche, me trajo aquí. Yo perdí el sentido por completo... Y ocurrió. Pero usted también se imaginará lo que suele ocurrir cuando una mujer enamorada pierde el...

OSHDORI.—*Cortándola*. Eso se lo imagina cualquiera.

ELENA.—Sin embargo, aun no he podido explicarme qué fue lo que me hizo llegar a todo aquello...

OSHDORI.—A lo mejor, una sola frase.

ELENA.—Una sola frase, es verdad. Ahora veo claro que me sentí subyugada cuando mirándome fijamente en el campo, me dijo...

OSHDORI.—..."Usted tiene ojos de mujer fatal".

ELENA.—¡Justo! ¡Justo! ¿Es que se lo ha dicho a varias?

OSHDORI.—La frase “Usted tiene ojos de mujer fatal” es la que utiliza siempre el señor para rendir a las señoras.

ELENA.—¡Pues es indignante que conmigo utilizara el mismo recurso que utilizó con las demás!

OSHDORI.—Eso mismo dijeron las demás.

ELENA.—¡Oshidori!... *Suena el teléfono.*

OSHDORI.—Con permiso de la señora... *Al aparato.* ¡Diga! Sí, señora. ¿Cómo? ¡Ah! Muy bien. *A Elena, tapando la bocina.* Aquí tiene señora una señora que lo primero que advierte es que no es señora, sino señorita.

ELENA.—¿Otra... aspirante, Oshidori?

OSHDORI.—Sí. De éstas caen diez diarias...

ELENA.—¿Caen?

OSHDORI.—O por lo menos se mueven mucho. *Al aparato.* ¿Cómo? ¿Señorita? *Cuelga.* Ha colgado. Eso es que el marido ha entrado en la habitación.

ELENA.—¿El marido? ¿Pero no es señorita?

OSHDORI.—Conozco el género, señora. Y todas estas que piden que se les llame señoritas están casadas, veranean en El Escorial y tienen diez hijos, el más pequeño arquitecto. *Por el foro entra Pepita.*

PEPITA.—¿El teléfono, Oshidori?

OSHDORI.—Ya lo he atendido yo, marquesa. Puede retirarse...

PEPITA.—*A Elena.* Señora. . . *Se va por el foro.*

ELENA.—¿Por qué llama marquesa a la doncella?

OSHDORI.—Porque lo es.

ELENA.—¿Qué dice usted?

OSHDORI.—Sí, señora; la Marquesa del Robledal. Quizá es conveniente que sepa la señora que toda la servidumbre de la casa está formada por antiguas amadas del señor...

ELENA.—¡No es posible!

OSHDORI.—Sí, señora, sí. Son corazones románticos que, al terminar con el señor, suplicaron plazas en la servidumbre para poder verle diariamente, ya que no les era posible otra cosa.

ELENA.—¡Pero es absurdo!

OSHDORI.—Lo cierto es siempre absurdo, señora, y amar quiere decir esclavitud. Realmente es una servidumbre para enorgullecer a cualquiera. Las hay de todos gustos. Al frente de la cocina, por ejemplo, está nada menos que Nita Numi, la famosa bailarina húngara...

ELENA.—¡Sí que es extraordinario!

OSHDORI.—Y el chófer vino expresamente de Buenos Aires por curiosidad de conocer al señor para descubrir el secreto de su éxito con las mujeres. Como el señor no tenía tiempo de atenderle, se quedó de chófer para observar. Es Indalecio Cruz, el autor de tangos de fama mundial.

ELENA.—¿Y ha conseguido descubrir el secreto del éxito de Sergio?

OSHDORI.—Todavía, no. A mi juicio, el éxito del señor con las mujeres obedece a que no les hace ningún caso.

ELENA.—Eso explica lo ocurrido conmigo, porque aun no le he dicho, Oshidori, que anoche, cuando volví a recobrar el sentido, me dijo que le esperase en esa habitación. *El primero izquierda*. Y en cuanto entré, él mismo fue el que me encerró con llave. Y así que empecé a protestar y a llamar...

OSHDORI.— El señor puso en marcha el fonógrafo y colocó un disco del "O Marie".

ELENA.—Exactamente. ¿También eso lo ha hecho con varias?

OSHDORI.—Sí, señora. Y a las que gritan demasiado las pone el "Torna a Sorrento", cantado por un orfeón vasco.

ELENA.—Pero el fonógrafo sonó hasta la madrugada...

OSHDORI.—Es eléctrico y tiene un dispositivo gracias al cual cuando concluye el disco, empieza de nuevo.

ELENA.—¡Un encanto! ¿De modo que su primera obligación por las mañanas es comprobar si hay víctimas cautivas?

OSHDORI.—Sí. Y en el caso de que las haya, despedirlas.

ELENA.—¿Cómo?

OSHDORI.—Los procedimientos varían.

ELENA.—¿Y cuál es el más eficaz?

OSHDORI.—El que estoy empleando con la señora.

ELENA.—*Escandalizada de su cinismo*. ¡Pero, Oshidori!

OSHDORI.—Yo aconsejo a las señoras que se marchen. Ellas se echan a llorar y se desmayan. Yo recurro al éter y las vuelvo en sí, y entonces ellas se van muy tristes, retocándose los ojos con el lápiz.

ELENA.—¿Y por qué a mí no me aconseja que me marche, Oshidori?

OSHDORI.—Perdón; es que me he distraído hablando. Le aconsejo a la señora que se marche.

ELENA.—Sí... Y ya me hubiera ido antes si estuviera convencida de que sólo he sido para Sergio una más...

OSHDORI.—Eso es fácil, señora, porque el señor apunta todas sus conquistas. Don Juan las apuntaba también.

ELENA.—¿Que las apunta? ¿Dónde?

OSHDORI.—En estos cuatro libros. *Señala la biblioteca.* Y por orden alfabético.

ELENA.—¿De apellidos o de nombres?

OSHDORI.—De nombres. Los amantes, los héroes, las enamoradas y los planetas no tienen apellido. *Inclinándose, como siempre.* Es una frase del señor...

ELENA.—Lo sospechaba.

OSHDORI.—Si la señora ha sido "una más" para el señor, la señora estará apuntada aquí con las restantes...

ELENA.—¿Y si aun no le hubiera dado tiempo de apuntarme, Oshidori?

OSHDORI.—¡Por Dios! Con el ruido del último cañonazo se escriben ya las batallas en la Historia... *Inclinándose.* Es una frase...

ELENA.—...del señor.

OSHDORI.—No, señora; ésta es de Napoleón Bonaparte. *Yendo hacia la biblioteca.* ¿El nombre de la señora?

ELENA.—Elena.

OSHDORI.—Tomo primero. *Coge uno de los tomos, pero al ir a abrirlo se lo arrebató Elena.*

ELENA.—¡Por favor! Lo veré yo misma... *Vuelve al sillón con el libro; lo hojea ansiosamente. Oshidori ha cogido otro tomo y lo hojea a su vez. Hay un silencio profundo. De pronto, Elena levanta la cabeza radiante. ¡No estoy! ¡No estoy! Eso quiere decir... Levantándose. ¡Llámele, Oshidori! ¡Despiértele! Con brusca decisión, yendo hacia el foro. Le despertaré yo! Quiero que...*

OSHDORI.—*Deteniéndola con el gesto.* Perdón... Siento darle ese disgusto a la señora, pero acabo de ver que la señora está incluida en el tomo segundo...

ELENA.—*Paralizada.* ¿Eh? Me llamo Elena... Tenía que estar en el tomo primero, letra E, ¡y no estoy!

OSHDORI.—Sí, señora. Pero es que el señor escribe Elena con hache... Es lo clásico.

ELENA.—*Sintiendo derrumbarse todo a su alrededor.* ¡¡Oshidori!!

OSHDORI.—La señora aparece aquí bien claramente. *Leyendo en su tomo.* "Número 1.401. Helena Conocida en Sakuska el 10 de junio. Una merienda, un paseo, una comida en el campo. Eligió pijama a rayas. Ella sabía quién era yo y todo me fue fácil."

ELENA.—Todo le fue fácil, pero es que yo no sabía quién era él. . .

OSHDORI.—"Lloró con "El lago" de Lamartine."

ELENA.—Eso es mentira, pero pudo ser verdad.

OSHDORI.—"Perdió la cabeza cuando le dije lo de los ojos."

ELENA.—Eso es verdad y ahora me parece mentira.

OSHDORI.—"Bonita. Rubia. Joven."

ELENA.—Todo exacto.

OSHDORI.—"Romántica, tirando a cursi..." *Después de leerlo se arrepiente de haberlo leído.*

ELENA.—¿Eh? ¿Qué dice?

OSHDORI.—Nada; no dice nada...

ELENA.—Déjeme... *Leyendo en el tomo.* "Romántica, tirando a cursi. Empalagosa. Irresistible..." *Se separa de Oshidori y va hacia el sillón lentamente.* "Romántica, tirando a cursi... Empalagosa. Dejándose caer en el sillón. Irresistible... Me ha encontrado irresistible... Apoya su codo en el sillón y oculta el rostro en la mano. Hay una pausa. Oshidori toca la campana. Luego contempla a Elena, y por fin saca un pañuelo del bolsillo y un frasquito del mueble y vierte en el pañuelo el contenido del frasquito. En aquel momento Elena se rehace y alza la cabeza. ¿Qué hace usted, Oshidori? ¿Qué es eso?"

OSHDORI.—El frasco del éter, señora. Tomo mis precauciones para cuando la señora se desmaye...

ELENA.—Moviendo la cabeza tristemente. Esta vez no hay desmayo, Oshidori. Desmayarse significa nervios, voluntad contrariada, corazón, sentimientos..., y todo eso,

Oshidori, acaba de quedar muerto dentro de mí. ¿No lo cree? También soy para usted una cursi...

OSHDORI.—¡Oh, no, señora! Ni mucho menos...

ELENA.—Entonces, para usted, ¿yo qué soy, Oshidori?

OSHDORI.—Hasta hace un momento una verdadera enamorada, y desde que la señora ha leído... lo que ha leído, una mujer dispuesta a la desesperación.

ELENA.—Y ahora me marchó. *Levantándose.* Voy a vestirme.

OSHDORI.— *A Pepita, que acaba de aparecer en el foro.* Póngase a las órdenes de la señora.

ELENA.— *Volviéndose y viendo a Pepita, Respetuosamente.* ¡Ah! La marquesa...

PEPITA.— *Indicándole a Elena el primero izquierda.* Pase la señora...

ELENA.—¿Yo primero? No, no... Usted delante, marquesa, usted delante... *Obliga a hacer mutis a Pepita y se va ella detrás.*

OSHDORI.— *Viéndola ir.* ¡Pobrecilla! Siendo la única que no se ha desmayado, es la única que me ha dado lástima... *Cerrando el bote de éter.*

OSCURO

ACTO PRIMERO

Se escucha el "Oh Marie!". Comienza la acción a las tres de la tarde. Otoño. Entra Oshidori por el pasillo, se dirige al fonógrafo y lo para. En ese momento rompe a sonar el teléfono, y coincidiendo con él entra Pepita por el pasillo, con un plumero.

OSHDORI.— *Al teléfono.* ¡Diga! Señora condesa... Buenas tardes, señora condesa. ¿Cómo dice la señora condesa? *A Pepita.* Marquesa, la señora condesa dice que está negra.

PEPITA.—¿Qué está negra?

OSHDORI.—Completamente negra. *Al teléfono.* ¿Tres meses, señora condesa? ¡Es increíble, cómo se pasa el tiempo! *A Pepita.* Dice que hace ya tres meses que yo le anuncié que el señor acudiría una tarde al sitio de costumbre, y que ¡nanay!

PEPITA.—¿Nanay?

OSHDORI.—Nanay y moscas tres...

PEPITA.—¡Es siempre la misma!

OSHDORI.—Pero ¿cómo se explica lo de la condesa de San Isidro?

PEPITA.—Según parece a su bisabuela le hizo un retrato Goya, y ese acontecimiento ha arruinado sus buenos modales para siempre.

OSHDORI.—¡Qué caso! *Cuelga el auricular.*

PEPITA.—No me explico cómo Sergio ha podido llegar a nada con la condesa.

OSHDORI.—Fue hace tres años. El señor quería completar su lista particular de aristócratas. Sólo que la condesa está en esa edad en que las mujeres, antes que renunciar a un hombre, renuncian a la ondulación Marcel... *Oshidori ha cogido de encima de la mesita un pulverizador del tamaño de los del "Flit" y se ha liado a pulverizar la atmósfera.*

PEPITA.—Pero, ¿qué haces, Oshidori?

OSHDORI.—Pulverizo éter. He descubierto que es más cómodo pulverizarlo en el aire que gotearlo en un pañuelo, con la ventaja de que así los desmayos no llegan a producirse...

PEPITA.—¡Qué talento!

OSHDORI.—Y cada vez que voy a echar una, pues pulverizo.

PEPITA.—Y más hoy...

OSHDORI.—Pero, ¿es que hoy hay más de una?

PEPITA.—¡Hoy hay dos! Una que vino por la noche y otra que vino por la tarde, pero que volvió por la noche, porque las hay que repiten.

OSHDORI.—¡Se está matando!

PEPITA.—Y acabará matándonos a todas las que le queremos sin egoísmos. A mí me ha dado por comer y he engordado seis kilos, Nita está quedándose como una sombra, y Leonor ha presentado su dimisión de secretaria porque no puede resistir más los celos. *Se oyen unos golpecitos en la segunda puerta de la derecha.*

OSHDORI.—Una que se impacienta... Hay que actuar. *Deja el pulverizador y va hacia el segundo izquierda.*

PEPITA.—Yo prefiero no verlo. Voy a dar la cera en el hall.

OSHDORI.—Hasta luego, marquesa. *Pepita se va tristísima por el pasillo. Oshidori hace jugar la llave de la segunda puerta de la derecha. Enseguida se abre y aparece Francisca. Oshidori se inclina. Señora... Francisca es una mujer de edad indecisa, elegante, con una elegancia explosiva y provista de un aire dramático que lo mismo puede significar que es un personaje de Shakespeare, que puede significar que está mal de la cabeza. Entra con los ojos tapados por un pañuelo que sostiene en la mano derecha y lleva en la otra mano el sombrero y una piel de zorro a la rastra. Recorre la escena lentamente, deteniéndose en todos los rincones a llorar un poco hasta que Oshidori la aborda. Si la señora se sentase..., lloraría más tranquila la señora. Ella no le hace caso. ¿Por qué no se sienta la señora?*

FRANCISCA.—*Muy cargada de razón, al través de sus lágrimas. ¡Sé llorar de pie!*

OSHDORI.—Pero es que sentada lloraría la señora mucho más a gusto...

FRANCISCA.—¿Usted cree?

OSHDORI.—Pruebe la señora y verá... *Le acerca un sillón.*

FRANCISCA.—*Sentándose. ¡Pues es verdad! Lloro sentada. ¡Qué bien se llora así! ¡Se llora divinamente! Lloro más fuerte y de pronto levanta la cabeza. ¿A usted no le gusta llorar?*

OSHDORI.—Muchísimo. Yo lloro todas las tardes, de cinco a seis.

FRANCISCA.—¿Qué suerte! ¡Yo no puedo! No puedo, porque a las cinco y media llega la manicura... *Lloro fuertemente.*

OSHDORI.—*Aparte. Es una histérica... ¡Mi especialidad!... Alto. Llorar es realmente estupendo, señora.*

FRANCISCA.—¿Es divino! *Lloro con furia. ¡Divino!*

OSHDORI.—Pero piense la señora que el llanto hace caer las pestañas...

FRANCISCA.—*Dejando de llorar en el acto. ¿Es cierto eso? Avise a Sergio.*

OSHDORI.—El señor no está visible, señora.

FRANCISCA.—*Cayendo en un súbito estado de desesperación. ¡Que no está visible! ¡Eso más!... ¡Eso más, Dios mío! ¡Eso más, Dios del Sinaí!... Se levanta y pasea su desesperación. ¡Mofa sobre mofa! ¡Befa sobre befa!*

OSHDORI.—*Siguiéndola. Señora...*

FRANCISCA.—¿Mofa sobre befa!

OSHDORI.—Pero, señora...

FRANCISCA.—¿Befa sobre mofa!

OSHDORI.—Señora; yo le ruego...

FRANCISCA.—¡Estoy que mufo!

OSHDORI.—¿Mufo?

FRANCISCA.—Bueno..., ¡mafo!

OSHDORI.—*Hecho un lío.* ¿Mafo o bafo?

FRANCISCA.—*Triunfalmente.* ¡ ¡Bufo!!

OSHDORI.—Bufo, eso es... ¡Lo que nos ha costado!

FRANCISCA.—*Cayendo en el diván, hipando.* ¡Jurarme que me quería para tenerme luego toda la noche bajo llave, como unos documentos!... ¡Trece horas encerrada! ¿Usted cree que se puede estar trece horas encerrada? ¿Y trece horas oyendo el "O Marie"? ¿Usted cree que se puede estar trece horas oyendo el "O Marie"?

OSHDORI.—Los italianos lo están oyendo hace ciento cuarenta y dos años...

FRANCISCA.—¡Pero yo no soy italiana!

OSHDORI.—Se nota en seguida.

FRANCISCA.—Yo soy de Albacete.

OSHDORI.—Eso ya no se nota tan pronto.

FRANCISCA.—¿Y para esto me dijo que estaba muy solo? ¿Y para esto me recitó "El lago", de Víctor Hugo?

OSHDORI.—De Lamartine, señora.

FRANCISCA.—¡Bien se ha reído de mí! ¡Su amor, una burla; sus juramentos, una irrisión, y su encierro un oprobio! ¡Todo mofa! ¡Todo befa! ¡¡Todo!! *Con una transición.* ¿Qué hora es?

OSHDORI.—Las tres de la tarde.

FRANCISCA.— No.

OSHDORI.—Sí, señora. Las tres y cinco en punto.

FRANCISCA.—¡No! ¡No me quejo! Lo prefiero...

OSHDORI.—¡Ah! Bueno...

FRANCISCA.—Prefiero que haya sido así. Es mi sino. Es mi destino. Soy una mujer fatal.

OSHDORI.—Sí, señora.

FRANCISCA.—Sergio me lo dijo ayer tarde, y tiene razón. Yo he nacido para llorar. Para llorar y para sufrir intensamente. ¿Usted no ha nacido para sufrir intensamente?

OSHDORI.—Empiezo a creer que sí.

ÁGATA.—*Dentro*. ¡Oshidori!

OSHDORI.—*Aparte*. La otra... Ahora se arma. *Acercándose a la primera puerta de la derecha, seguido por la mirada estupefacta de Francisca*. ¿Señora?

ÁGATA.—*Dentro*. Oshidori, avíseme un taxi y proporcióneme un abrigo. No es cosa de salir a la calle en traje de noche.

OSHDORI.—Sí, señora. *Toca la campana*.

FRANCISCA.—*En el colmo del estupor*. Pero... Pero, ¿qué es eso? Pero... ¿otra mujer, Oshidori?

OSHDORI.—Sí, señora. Otra mujer.

FRANCISCA.—*Desesperada*. ¡Otra mujer! ¡Otra mujer encerrada! ¡Otra mujer a la que también le han tocado el "O Marie"! ¡Cristo del Gólgota! ¿Y quién es? El amor de Sergio, ¿verdad? ¡Bien me lo había sospechado yo! ¡Otra mujer el amor de Sergio! ¡San Mateo! ¡San Francisco de Asís! *Cae en el sillón y queda con el rostro entre las manos*.

OSHDORI.—¡Pero qué exclamaciones más raras les enseñan en Albacete! *Por el pasillo entra Pepita*.

PEPITA.—¿Llamabas, Oshidori?

OSHDORI.—Sí, marquesa. Que avisen un taxi. Y traiga un abrigo.

PEPITA.—¿El que se utiliza para que salgan a la calle las que vienen vestidas de noche?

OSHDORI.—El mismo. *Pepita se va por el pasillo*.

FRANCISCA.—*Alzando la cabeza*. ¡Cómo sufro, Oshidori! Todo se ha derrumbado a mi alrededor... Sufro tanto, que ya no puedo ser más feliz...

OSHDORI.—Mi enhorabuena, señora.

FRANCISCA.—Porque está claro que yo sólo he sido para Sergio una diversión.

OSHDORI.—Justamente.

FRANCISCA.—Menos aún: un juguete, una cosa insignificante, una especie de...

OSHDORI.—Una especie de pirulí.

FRANCISCA.—¡Exacto! Un pirulí. Algo que se coge, se paladea...

OSHDORI.—Y se tira al llegar al palillo.

FRANCISCA.—¡Eso es, eso es!

OSHDORI.—Créame la señora: lo mejor que puede hacer es marcharse despreciando al señor.

FRANCISCA.—¡Eso nunca, Oshidori! ¿Despreciarle, sabiendo que no le importo? ¿Despreciarle, sabiendo que sólo soy para él un pirulí? ¡Jamás! ¡Pero si mi vida es eso! Sufrir, apretarme el corazón, mascar pañuelos... Y marcharme, dejar de verle para siempre, ¡tampoco!

OSHDORI.—¿Tampoco?

FRANCISCA.—Tampoco, Oshidori. Sergio me ha explicado el origen de su servidumbre. Y puesto que la secretaria ha dimitido, yo le pediré quedarme en su lugar.

OSHDORI.—¿Ah, sí? Muy bien.

FRANCISCA.—Seré una más entre las que sufren...

OSHDORI.—Claro, claro.

FRANCISCA.—Y seré lo que no son las otras: seré feliz. Al fin y al cabo, yo traduzco sufrimiento por regocijo. ¿Le choca?

OSHDORI.—No. He conocido gentes que todavía traducían peor.

Por el pasillo entra Pepita con un abrigo de pieles.

PEPITA.—El abrigo, Oshidori.

OSHDORI.—Gracias, marquesa. *Lo coge.* Esta señora quiere hablar con la secretaria; tenga la bondad de acompañarla.

PEPITA.—Cuando la señora guste...

FRANCISCA.—Vamos. Pero, señora, no, marquesa. Señora, no. ¡Compañeras, marquesa! ¡Compañeras! *Se van por el pasillo.*

OSHDORI.—*Abre la primera puerta.* Señora... Aquí tiene el abrigo... *Entra Ágata. Es joven, elegante, bonita. Viste, como anunció, traje de noche y entra abrochándose los guantes.*

ÁGATA.—*Deteniéndole con el gesto.* No se moleste. Lo he pensado mejor y no me voy... He oído todo, Oshidori... ¡Todo! Hasta eso de que Sergio no está visible y de que

esta histérica se queda de secretaria... Pero si Sergio no está visible, esperaré a que lo esté. He decidido no aguantar en silencio ni sus manejos estúpidos ni las doscientas seis audiciones del "O Marie". *Se sienta.*

OSHDORI.—*Aparte.* ¡Las ha contado!

ÁGATA.—Yo no soy mujer con la que un hombre pueda divertirse un rato...

OSHDORI.—La señora me parece demasiado pesimista.

ÁGATA.—Muchas gracias.

OSHDORI.—Pero la verdad es que el señor no está en casa. Ha huido esta mañana, señora.

ÁGATA.—¿Que ha huido? ¿De quién?

OSHDORI.—De un marido. De un marido que quería matarle.

ÁGATA.—¿Pero todavía hay maridos que matan?

OSHDORI.—En las grandes ciudades, no, señora; pero éste era de provincias, donde todavía atizan. Al señor sólo le dio tiempo de saltar al coche, resuelto a irse a Córdoba por una temporada; pero la prueba de lo que ama a la señora está en que me encargó que le dijese que, hasta las cinco de la tarde, esperaba a la señora en la carretera de Andalucía, kilómetro 56.

ACATA.—¿Qué dice usted? *Se levanta.*

OSHDORI.—La verdad. *Toca la campana.*

ÁGATA.—¡Dios mío! Pero ya son más de las tres...

OSHDORI.—Sí, señora...

ÁGATA.—¡Pronto! El abrigo... *Se lo pone ayudada por Oshidori.* Me estaba temiendo algo. No he hecho más que mezclarme en su vida, y ya se ve Sergio perseguido y huyendo... Y es que no cabe duda; él tiene razón: hay en mí algo fatal... *En el foro aparece Pepita.*

OSHDORI.—Sí, señora. *A Pepita.* ¿Avisaron el taxi?

PEPITA.—Está abajo.

ÁGATA.—Y aun tengo que ir a casa, cambiarme de ropa, coger el coche!... ¡Con tal que llegue a tiempo! *Inicia el mutis.* ¿Ha dicho kilómetro 56, verdad?

OSHDORI.—No, no. Ciento, ciento cincuenta y seis.

ÁGATA.—Sí, sí... *Se va por el pasillo.*

OSHDORI.—*Desde la puerta, alzando la voz.* Pero si el señor no estuviera allí, le aconsejo a la señora que siga hasta Córdoba...

PEPITA.—¡Qué talento, Oshidori!

OSHDORI.—Práctica, marquesa, nada más que práctica... Acompáñela y traiga el desayuno del señor... Yo voy a llamarle...

PEPITA.—Muy bien. *Se va por el foro.* Oshidori se dirige a la habitación del señor, pero antes de que llegue entra Sergio. Anda cerca de los treinta, tiene cierto aire de aburrimiento y de prematuro cansancio. Viste un pijama y un batín y calza zapatillas.

SERGIO.—Salud, Oshidori.

OSHDORI.—Buenas tardes, señor. ¡El señor se ha levantado hoy sin que le llamase!

SERGIO.—Sí. ¿Te extraña?

OSHDORI.—De ningún modo. Yo siempre espero del señor algo original.

SERGIO.—*Acercándose al ventanal.* Hace buen día, ¿verdad?

OSHDORI.—*Dentro.* Sí, señor. El barómetro indica lluvia, pero el sol luce de un modo espléndido.

SERGIO.—Yo nunca hago caso de los barómetros.

OSHDORI.—Ni el sol tampoco.

SERGIO.—*Mirándose en un espejo.* ¡Qué mala cara tengo! Cada vez amanezco con peor cara... ¿No te parece?

OSHDORI.—*Suena el teléfono.* No, señor. *Al aparato.* ¡Diga! A Sergio. Señor, la señorita Lili.

SERGIO.—¿Cuál de ellas? Porque las Lilis son tres.

OSHDORI.—*Al aparato.* ¿Lilí qué, señorita? A Sergio. Lili Emiliana, señor.

SERGIO.—Pues dile que se vaya a paseo. *Se echa en el diván.*

OSHDORI.—Señorita, el señor dice que esta tarde, a las seis, en la Moncloa. *Cuelga.*

SERGIO.—No quiero saber nada de ella. Se trata de una de esas muchachas, que ahora se estilan tanto, que toman baños de sol, nadan, gastan boina, leen a Freud y se pasan el resto del día encaramadas en un coche.

OSHDORI.—¿Y al señor no le agradan esas deportivas?

SERGIO.—No. Les sabe la boca a neumático y convierten el amor en una maratón.

OSHDORI.—¡Precioso! ¡Precioso! Con permiso del señor, voy a apuntar esa frase. *Saca un cuadernito y escribe en él rápidamente.*

SERGIO.—¿Y a las de anoche? ¿Te ha costado mucho trabajo echarlas?

OSHDORI.—No, señor. A una de ellas la he mandado a Córdoba.

SERGIO.—Bien hecho. Hay que fomentar el turismo.

OSHDORI.—*Guardando el cuaderno.* La otra quiere quedarse de secretaria del señor. Asegura haber venido al mundo para sufrir intensamente.

SERGIO.—Sí. Le falta un tornillo.

OSHDORI.—El señor es muy benévolo; yo creo que le falta también la tuerca.

Por el pasillo entra Pepita portando una bandeja con el desayuno.

PEPITA.—El desayuno, Sergio.

SERGIO.—Hola, Pepita.

PEPITA.—*Muy solícita y enamorada.* ¿Has descansado bien?

SERGIO.—*Con aire aburrido.* Sí, Pepita. Muy bien.

PEPITA.—¿Te diste la ducha fría?

SERGIO.—Sí...

PEPITA.—¿Has tomado el reconstituyente? ¿Has hecho la gimnasia respiratoria y el... ?

SERGIO.—Sí, Pepita, sí.

PEPITA.—Cuídate, Sergio, ¡por Dios!... Mira que llevas una vida imposible... Que esa vida no hay quien la resista...

SERGIO.—Prescinde de darme consejos, Pepita. Soy mayor de edad desde 1922.

PEPITA.—*Suspirando, dejando la bandeja sobre las piernas de Sergio.* ¡Está bien! *Pepita se va suspirando, tristísima, por el pasillo.*

OSHDORI.—El señor tiene locas a todas. Yo cada vez admiro más al señor.

SERGIO.—Pues no me admires ni me envidies, Oshidori, porque no soy feliz. Empiezo a darme cuenta de que coleccionar mujeres es tan absurdo como coleccionar sellos, con la desventaja de que al final nadie te compra la colección.

OSHDORI.—¡Estupendo! *Recorre al cuaderno.* ¡Qué día! ¡Pero qué día tiene hoy el señor!

SERGIO.—Este oficio es muy pesado, Oshidori...

OSHDORI.—Sí, señor. Debe ser pesadísimo. En cuanto a mi opinión personal, es que el señor vive demasiado bien para ser feliz. *Guarda el cuaderno.*

SERGIO.—¿Tú crees?

OSHDORI.—Seguramente. El señor necesita una catástrofe.

SERGIO.—¿Automovilística?

OSHDORI.—Cardíaca. El señor necesita enamorarse.

SERGIO.—*Poniéndose pálido.* ¡¡Oshidori!!

OSHDORI.—¿Qué es eso? ¿Le ocurre algo al señor?

SERGIO.— Oshidori, ¿tú crees que yo puedo enamorarme?

OSHDORI.—Sí, señor.

SERGIO.—Y si yo te dijese: "Tengo la sospecha de estar enamorado", ¿lo creerías también?

OSHDORI.—También, señor.

SERGIO.—¿Y por qué lo creerías?

OSHDORI.—Porque el señor se está untando la mantequilla en la palma de la mano.

SERGIO.—*Limpiándose.* Acabas de tener un rasgo de talento, Oshidori.

OSHDORI.—*Retirando la bandeja del desayuno.* Es mi costumbre, señor. *Dejando la bandeja sobre el mueble.* ¿Quiere el señor que le ponga apaisado?

SERGIO.—Sí, Oshidori, ponme apaisado. *Oshidori lo tumba sobre el diván.* Y la verdad es ésa. La triste verdad es que entre todas las mujeres que han pasado por mi vida, Oshidori, ha habido una a la que no he podido olvidar y de la que no he vuelto a saber nunca nada. Era rubia y tenía ese "no sé qué" que se nos mete en el corazón no se sabe cuándo, que se nos agarra no se sabe cómo, que nos incita no se sabe a qué y que nos arrastra no se sabe adónde. ¿Te enteras?

OSHDORI.—Es difícil, pero, sí, señor.

SERGIO.—La amé, la archivé y la olvidé, como a tantas otras; pero un día el fantasma de aquella mujer comenzó a rondarme, y desde entonces sólo vivo para su recuerdo, la busco inútilmente en las demás y no tengo más esperanza que volver a encontrarla de nuevo. Y desde entonces también, el nombre de ella no se borra jamás de mi imaginación. ¿Sabes qué nombre es ése?

OSHDORI.—Elena.

SERGIO.—*Estupefacto.* ¡Elena! ¡Elena, sí! Pero, ¿cómo has podido adivinarlo?

OSHDORI.—Ya hace tres mañanas que cuando entro a despertar al señor, el señor me coge por las solapas y, exclamando "¡Elena mía!", me da un beso...

SERGIO.—¿Qué? ¿Que yo te doy un beso?

OSHDORI.—Un ardiente beso, señor.

SERGIO.—¡No es posible!

OSHDORI.—Sí, señor.

SERGIO.—Pero, ¿y cómo no me lo has dicho hasta hoy?

OSHDORI.—Señor, uno tiene sus pudores...

SERGIO.—*Levantándose airado.* ¡Es el colmo! ¡El colmo! ¡Haber dado un beso a un hombre!...

OSHDORI.—Tres, señor, tres

SERGIO.—¡Haber dado tres besos a un hombre! ¡Yo! ¡Yo!! Oshidori, te juro por mi honor que eres tú el primer hombre a quien beso.

OSHDORI.—*Emocionado.* ¡Qué feliz me hace el señor con sus palabras!

SERGIO.—*Más indignado todavía.* ¡Pero no te lo digo para hacerte feliz! *Por el pasillo entra Leonor seguida de Francisca.*

LEONOR.—¿Se puede, Sergio?

SERGIO.—Adelante. *Entra Leonor, es guapa y lleva una cartera con documentos.*

LEONOR.—*A Sergio, tan solícita y cariñosa como Pepita.* ¿Descansaste bien? ¿Has...?

SERGIO.—*Cortándole, de muy mal aire.* Sí, Leonor, sí. Me encuentro admirablemente y no necesito nada. Así es que sobran las preguntas. *Leonor se muerde los labios y se retira cabizbaja a la mesita*

OSHDORI.—*Aparte.* Eso es castigar, y no dejar sin postre...

SERGIO.—¿Ocurre algo?

LEONOR.—Nada. Venía a despachar y a saber si aprobabas la elección de la señorita Montánchez para sustituirme.

FRANCISCA.—¡Di que sí! ¡Di que sí, Sergio! ¡Y perdóname, dueño mío!

SERGIO.—¿Eh?

FRANCISCA.—¡Perdóname el no haberme marchado! Perdóname si intento quedarme... No me digas nada. Ya sé que no me quieres. Ya sé que sólo soy para ti un pirulí.

SERGIO.—¿Un pirulí?

FRANCISCA.—Un pirulí. Tu criado lo ha dicho

SERGIO.—A *Oshidori* ¿Tú has dicho que ella es un pirulí?

OSHDORI.—Me he permitido esa pequeña definición, señor.

FRANCISCA.—¿Lo ves? ¡Y no me importa! Lo que sí me importa, Sergio, es quedarme, verte a diario, envidiar a las que ames, gemir, morder el polvo...

SERGIO.—¿Morder el polvo?

FRANCISCA.—¡Morder el polvo, Sergio! Trátame como a una esclava, pero ¡consiente! Humíllame, pero; ¡déjame quedarme en el puesto de esta señorita de la falda tableada! ¡Sergio! ¡¡Sergio!! *Se echa hacia él, que continúa sentado ante el desayuno, y se inclina hasta casi tocar la alfombra con el pelo.*

SERGIO.—A *Oshidori*. Pero, ¿qué hace?

OSHDORI.—Debe estar mordiendo el polvo.

SERGIO.—Vamos, vamos, Francisca... Quédate, pero sin histerismos...

FRANCISCA.—*Levantándose muy alegre.* ¡Que me quede! ¡Santa Madona! *Dentro se oyen voces femeninas que disputan.*

SERGIO.—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

OSHDORI.—Será que pelean algunas de las señoras que hay esperando a que el señor reciba...

SERGIO.—¡Claro! Habréis puesto a dos juntas en la misma habitación... ¿Cómo voy a deciros que a las visitas me las pongáis siempre incomunicadas? Anda a ver...

OSHDORI.—Sí, señor. *Dirigiéndose a las que están dentro.* ¡A la cola, a la cola, señoras! *Se va por el pasillo.*

SERGIO.—*Que sigue desayunando, a Leonor, que ha abierto la cartera y se ha sentado en uno de los sillones o sillas. Francisca se sienta en el brazo del diván e intenta dar de comer a Sergio.* Correo, Leonor...

LEONOR.—*Consultando sus papeles.* Veintitrés declaraciones de Madrid y catorce cartas de aspirantes de provincias...

SERGIO.—Contestad a todas negativamente. Esas cartas fueron escritas ayer, que era domingo. Y las mujeres que escriben a un hombre en domingo no lo hacen porque estén enamoradas, sino porque no habían salido de paseo por la tarde y se aburrían en casa solas.

FRANCISCA.—*Aparte. Admirada.* ¡Qué psicólogo!

SERGIO.—Adelante, Leonor...

LEONOR.—Nueve anónimos llenos de insultos.

SERGIO.—¿Escritos con letra de hombre o con letra de mujer?

LEONOR.—Con letra de hombre

SERGIO.—Entonces son de mujer.

FRANCISCA.—*Aparte.* ¡Qué psicólogo tan tremendo, Santa María de la Cabeza! *Por el pasillo entra Oshidori llevando ropas de Sergio y con dirección a la alcoba.*

SERGIO.—¿Qué visitas hay esperando, Oshidori?

OSHDORI.—Siete señoras. *Se va por la alcoba.*

LEONOR.—Y un caballero.

SERGIO.—¡Ah! ¿Un caballero también? ¿Con aspecto de padre, de hermano, de marido, de amante?...

LEONOR.—No, no. Viene de buenas, porque viene a traerte dinero.... *Por la alcoba entra Oshidori después de dejar allí las ropas que llevaba.*

OSHDORI.—Entonces viene de buenísimas.

LEONOR.—Doscientas mil pesetas. *Estupefacción.*

SERGIO.—¿Doscientas mil pesetas, Leonor? Pero doscientas mil pesetas, ¿de qué?

LEONOR.—Se ha negado a facilitarme detalles. Aquí está su tarjeta. *Se la da.* Dice que sólo hablará contigo.

SERGIO.—*Leyendo la tarjeta.* "Barón Reginaldo de Pantecosti. París. Londres. Cercedilla."

OSHDORI.—Un hombre internacional.

SERGIO.—No le conozco. ¿Qué tipo tiene?

LEONOR.—Es distinguido, desenvuelto... Parece haber vivido mucho.

SERGIO.—Pero, ¿haber vivido dónde?

OSHDORI.—Sí, porque si ha sido en Cercedilla...

LEONOR.—Lo único que sé es que para decidirme a que te pasara recado me ha enseñado el cheque, extendido a tu nombre.

SERGIO.—¿Que has visto el cheque? ¿Tú qué opinas de esto, Oshidori?

OSHDORI.—Que el señor debe recibirle en seguida. *Por el pasillo entra Pepita, agitada.*

PEPITA.—¡Sergio! Acaba de llegar la condesa de San Isidro...

SERGIO.—¿La condesa?

PEPITA.—La he visto desde el ventanal del hall. Debe de venir furiosa, porque, al bajar del coche, ha cerrado la portezuela con un golpe tan fuerte que se ha parado el motor...

SERGIO.—Anda, Oshidori, sal e inventa algo para que se vaya y no vuelva más.

OSHDORI.—Sí, señor. *Aparte.* Se van a oír los gritos en Londres. *Se va por el pasillo.*

SERGIO.—Tú, Pepita, haz pasar al caballero que está esperando. *Pepita se va por el pasillo.* Tú, Francisca, hazte cargo de todos los papeles. *Por los de la cartera,* Y despide a esas siete señoras. Les dices que no recibo. Y si hubiera ataques de nervios, avisas a Oshidori para que pulverice éter en el vestíbulo. *Francisca le quita la carpeta a Leonor y sale por el pasillo. Sergio inicia el mutis por la alcoba.*

LEONOR.—*Saliendo al paso a Sergio. Con voz ahogada.* Y a mí..., ¿no tienes nada que decirme?

SERGIO.—Que quedo muy agradecido a tus servicios y que celebraré que seas feliz... *Se va por la alcoba.*

LEONOR.—*Echándose a llorar.* ¡Que sea feliz! ¡Como si yo pudiera ser ya feliz algún día!... *Llora. Por el pasillo entra Reginaldo de Pantecosti seguido de Pepita. Es un señor ya maduro, elegante y con cierto aspecto de infeliz y de sinvergüenza a partes iguales.*

PEPITA.—Pase, caballero, y tenga la bondad de esperar un instante. *Al entrar y ver llorar a Leonor, Pantecosti se detiene un instante, pero en seguida reacciona y saluda con una inclinación.* ¡Leonor! ¿Qué ocurre? *Va hacia ella.*

LEONOR.—¡Qué es un infame! ¡Que no tiene corazón!

PEPITA.—¡Qué va a tenerlo!

FRANCISCA.—Y si lo tiene lo usa para otras cosas...

LEONOR.—¡Sabe que todo lo dejé por él, mis estudios, mi casa... y lo único que se le ocurre decir al despedirme es que sea feliz!

PEPITA.—*Llora también.* ¡Y menos mal que a le dice eso! Porque a mí, que también lo dejé todo por él, lo único que me dice de vez en cuando es que saque bien la cera...

FRANCISCA.—*Llora también. Iniciando el mutis detrás de ellas.* ¡Lloren! ¡Lloren ustedes, amigas mías!... ¡Es estupendo! Se caen las pestañas... ¡Pero es estupendo! *Se van las tres por el pasillo, después de hacer inclinaciones a Pantecosti.*

PANTECOSTI.—*Que ha seguido la escena atentamente y que también las ha saludado en el mutis.* Se nota que está todo preparado para recibir visitas femeninas. *Fisgando en el mueble.* Cigarrillos turcos... Lápices de labios... Imperdibles... Agujas para coger puntos de las medias... Revistas de moda... No olvida un detalle. *Viendo los cuatro libros.* ¿Serán éstos los famosos libros donde dicen que apunta sus conquistas?... *Abriendo uno.* ¡Pues sí que son! ¡Qué ocasión para descubrir algunos de sus secretos! ¡Pero, no! *Deja el tomo en su sitio.* Más vale. A lo mejor me encuentro aquí apuntada a mi mujer, y el médico me tiene dicho que no me disguste... *Se sienta. Se oye un rumor de voces dentro y en seguida entran por el pasillo Oshidori y Adelaida.* *Ésta es una dama de cuarenta años largos, muy elegante, de expresión autoritaria y desgarrada. Al entrar, todavía Oshidori intenta cortarle el paso.*

OSHDORI.—Señora condesa. . . Le aseguro a la señora condesa...

ADELAIDA.—*Apartándole con la mano.* Oshidori, no hagas más el canelo y déjame en paz...

OSHDORI.—Créame la señora condesa que...

ADELAIDA.—Pues nada, chico, no te creo; para que veas... *Entra.* He dicho que vengo a verle y lo veré; ya lo verás... *Al accionar pierde el bolso.* Y tú quítate de mi vista, porque estoy viendo que te veo y no te veo... ¡Vamos, tendría que ver! *A Pantecosti.* Caballero, perdone usted, que no le había visto... *Se sienta.*

PANTECOSTI.—*Que se ha puesto de pie.* Señora...

ADELAIDA.—¿También usted viene a ver a Sergio, verdad? Pero a usted no le habrán dicho que no está en casa... A usted no le habrán dicho, como me ha dicho a mí ése, que se ha ido a Logroño a un partido de fútbol.

PANTECOSTI.—No, señora; no me lo han dicho.

ADELAIDA.—Por eso conserva usted la tranquilidad. Pero yo he perdido la tranquilidad y el bolso. ¿Dónde está mi bolso?

OSHDORI.—*Cogiendo el bolso.* Aquí tiene el bolso la señora condesa. *Se lo da.*

ADELAIDA.—Gracias.

OSHDORI.—Lo que me es imposible devolverle es la tranquilidad. Por el contrario: tengo que decirle a la señora condesa algo muy grave, que...

PANTECOSTI.—*Levantándose.* Si estorbo...

ADELAIDA.—No estorba usted, caballero. Siéntese.

PANTECOSTI.—Sí, señora. *Se sienta.*

OSHDORI.—Ante todo, saque un pañuelo la señora condesa... La señora condesa va a llorar amarguísicamente cuando yo le diga...

ADELAIDA.—Mira, no sigas, Oshidori. Nos conocemos de antiguo y te consta que a mí los trucos sentimentales, ¡carrasclás!

PANTECOSTI.—*Extrañado.* ¿Carrasclás?

ADELAIDA.—Carrasclás y lerén lerito, que cantaba mi bisabuela.

OSHDORI.—La del retrato de Goya...

ADELAIDA.—La misma. Y si lo sabes me ahorras las explicaciones. Y no me vengas con cuentos de camino acerca de tu amo, porque yo no lloro. En el primer momento me ablando; pero pasado el primer momento, me acuerdo de mi bisabuela, que era de las que bajaban al Pardo a por bellotas, y soy capaz de sacudir a la remanguillé...

PANTECOSTI.—¿A la remanguillé, señora?

ADELAIDA.—A la remanguillé, caballero. Es castellano.

PANTECOSTI.—*Aparte.* Será castellano antiguo...

ADELAIDA.—Con tu amo, después de cuatro meses de micos, de esquinazos y de toreo de la escuela rondeña, el primer pronto se me ha pasado ya.

OSHDORI.—¡Ya!

ADELAIDA.—¿Es eco?

OSHDORI.—Es asentimiento, señora condesa.

ADELAIDA.—Y hoy me he acordado de mi bisabuela y vengo dispuesta a...

PANTECOSTI.—¡Ya, ya! A sacudir a la remanguillé.

ADELAIDA.—Exactamente, caballero. Usted me entiende... *A Oshidori.* Así es que dile a ése que salga.

OSHDORI.—¿A ése?

ADELAIDA.—A ése, sí. A Sergio.

OSHDORI.—Lo siento, señora condesa; pero el señor se enfadaría mucho si le pasara recado...

ADELAIDA.—¿Que se enfadaría? ¿Por qué?

OSHDORI.—Porque... *Aparte a Pantecosti.* Caballero, trasládese usted a aquel rincón...

PANTECOSTI.— ¿A aquel rincón?

OSHDORI.—Sí, señor. Esto es zona peligrosa... *Pantecosti se levanta estupefacto y, disimulando, se va a un rincón. A Adelaida, con una gran valentía.* El señor me ha dicho que no quiere ver más a la señora condesa...

ADELAIDA.—*Dando un respingo.* ¿Cómo?

OSHDORI.—Que ha acabado con la señora condesa para siempre.

ADELAIDA.—*Se levanta con un verdadero rugido, atiza un puñetazo en la mesita y se carga la lámpara.* ¡¡¿Eh?!! *Pantecosti asustado. Oshidori no se inmuta. Pálida de rabia.* Pero... Pero, ¿qué estoy oyendo? Pero..., ¿qué has dicho? ¡Repíte eso! ¡Repítelo otra vez!!

PANTECOSTI.—*Aparte a Oshidori.* No lo repita usted, que está allí mi hongo...

ADELAIDA.—¿Que ha acabado conmigo para siempre?! ¿Que no quiere verme más?! ¿Que ha acabado conmigo para siempre?!

PANTECOSTI.—Tranquilícese usted, señora... *En este momento por la alcoba aparece Sergio. Viste el traje que llevó a la alcoba Oshidori.*

SERGIO.—*Dominando la situación con una mirada. A Adelaida.* Tú tenías que ser... Ni una palabra más... ¿Entendido? Ni una palabra más... *Volviéndose a Pantecosti muy amable.* Dispense que me presente de este modo, caballero, pero las mujeres acaban por ponerle a uno alguna vez en ridículo.

PANTECOSTI.—Lo sé, señor Hernán. Soy casado. *Se estrechan la mano.*

SERGIO.— Siéntese. Estoy con usted enseguida.

PANTECOSTI.—Sí, señor. Muchas gracias. *Se sienta.*

ADELAIDA.—*Acercándose a Sergio, sin los humos de antes, con voz dulce.* Supongo, Sergio, que lo que acaba de decirme Oshidori será una fantasía morisca para canto y piano...

SERGIO.—Nada de fantasías moriscas, Adelaida. "Aquello" concluyó y ya no se reanuda nunca. Sabes que no tolero las "segundas ediciones".

ADELAIDA.—¿Y no tienes nada más que decirme?

SERGIO.—Sí. Tengo que decirte que no insistas; que el amor, Adelaida, es como la salsa mayonesa: cuando se corta, hay que tirarlo y empezar de nuevo.

PANTECOSTI.—*Aparte a Oshidori.* ¡Qué frase!

OSHDORI.—*Aparte.* Ocho cuadernos tengo llenos de cosas así...

ADELIDA.—Está bien. Me voy. *Inicia el mutis.* Abajo, en el coche, está mi marido, que le he dicho que esperase, que venía al dentista...

PANTECOSTI.—*Aparte.* ¡Qué cosas nos dicen a los maridos!

ADELAIDA.—Pero ahora le voy a explicar la clase de dentista que eres tú, y la clase de consultas celebradas entre tú y yo, ¡con lo cual me figuro que el único que va a empezar a estropear dentaduras va a ser él!

PANTECOSTI.—¡Atiza!

ADELAIDA.—Atizará, caballero. Y mucho gusto. *Se va por el pasillo.*

PANTECOSTI.—*Alarmadísimo a Sergio.* ¡Y además es capaz de hacerlo como lo dice, señor Hernán! ¡Es capaz de todo! Porque si usted la hubiese oído respirar cuando...

SERGIO.—*Muy tranquilo.* No se preocupe usted, caballero.

OSHDORI.—No se preocupe el señor barón.

PANTECOSTI.—¡Pero es que!...

SERGIO.—No pasa nada.

OSHDORI.—Nunca pasa nada.

PANTECOSTI.—Bueno...

SERGIO.—¡Bah!

OSHDORI.—Si el señor barón tuviera nuestra práctica...

SERGIO.—Si tuviera usted nuestra práctica... *Alzándose de hombros.* ¡Maridos, Oshidori!

OSHDORI.—¡Maridos! ¡Qué risa!

SERGIO.—Y ahora hable usted tranquilamente. Me han dicho, con mi natural sorpresa, que viene usted a traerme doscientas mil pesetas... ¿Es cierto eso, barón?

PANTECOSTI.—Es cierto, señor Hernán.

SERGIO.—¿Y esos cuarenta mil duros, barón, ¿me los regala usted o tendré que ganarlos?... *Oshidori abre una caja ofreciendo un puro al barón.*

PANTECOSTI.—Tiene usted que ganarlos. *Oshidori cierra la caja. Pantecosti se queda como quien ve visiones.*

SERGIO.—*Desilusionado.* ¡Ah, vamos!...

PANTECOSTI.—¡Bueno!... Pero su trabajo es tan agradable y tan propio de usted... En dos palabras: cuando se necesita un traje se va a casa del sastre, y cuando se necesita un sombrero se va a casa del sombrerero... Yo necesito un seductor y vengo a su casa, señor Hernán.

SERGIO.—¿Entonces?

PANTECOSTI.—Sí, señor. Le ofrezco los cuarenta mil duros a cambio de enamorar a una mujer.

SERGIO.—Comprendido. Alguna vieja loca que...

PANTECOSTI.—Nada de viejas locas. Vea usted su retrato... *Saca un retrato del bolsillo y se lo da.*

SERGIO.—*Viendo el retrato, levantándose y dando un grito terrible.* ¡¡Ah!!

PANTECOSTI.—*Asustado.* ¡Caray! *Se levanta y se parapeta.*

SERGIO.—¡Ah!

OSHDORI.—¿Qué ocurre, señor?...

SERGIO.—¡Ah! ¡Mira! ¡Ah! *Le enseña el retrato.*

OSHDORI.—¡Es ella! *Sergio se pone muy pálido, cierra los ojos y se tambalea. Oshidori le echa en el diván.*

PANTECOSTI.—*Asombrado.* ¡Qué impresión ha hecho!

OSHDORI.—¡Y se ha desmayado!

PANTECOSTI.—¿Que se ha desmayado? ¡Válgame Dios! ¿Grito? ¿Llamo? ¿Traigo agua?

OSHDORI.—¡Chist! ¡¡Quieto!! Nada, no haga nada el señor barón. En la casa no hay más que mujeres enamoradas de él. ¡Menudo barullo se armaría si llamásemos! Déjeme a mí. Sujétele la cabeza... Voy a pulverizar éter...

PANTECOSTI.—Sí, sí... *Le sujeta la cabeza a Sergio mientras Oshidori pulveriza éter.* ¿Volverá?

OSHDORI.—¿No ha de volver?

PANTECOSTI.—¿Y cuándo notaremos que vuelve?

OSHDORI.—Pues cuando vuelva.

PANTECOSTI.—¡Caballero! ¡Caballero, regrese! *Sergio suspira.*

OSHDORI.—¡Ya!

PANTECOSTI.—¿Ya?

OSHDORI.—¡Ya! *Sergio abre los ojos.* Vamos, señor, vamos... Ya, pasó... ¿Quiere el señor que le traiga algo?

SERGIO.—*Confuso.* Tráeme al barón.

OSHDORI.—Está aquí.

PANTECOSTI.—Estoy aquí, señor Hernán.

SERGIO.—¡Ah! ¿Está aquí? Pues, pronto... ¡Sin dilaciones, barón!... ¡Explíqueme! Dígame todo lo que sepa de esa mujer... *Oshidori le ofrece de nuevo la caja de puros al barón.*

PANTECOSTI.—¿No me lo quitará usted luego?

OSHDORI.—Este no, señor barón.

PANTECOSTI.—Más vale. *A Sergio.* Pues... antes de nada... ¿Conoce usted al marqués de la Torre de las Trece Almenas?

SERGIO.—Por referencias. Setenta y ocho años, gotoso, dieciocho millones de pesetas de capital, ¿no?

PANTECOSTI.—Exactamente. Pues bien; yo soy uno de los herederos del marqués de la Torre, señor Hernán...

SERGIO.—Mi enhorabuena, pero no veo la relación que...

PANTECOSTI.—Va usted a verla en seguida... Este verano, mi tío el marqués avisó a sus herederos para que acudiéramos a Cercedilla, porque, según dijo, sentía llegar la muerte y quería fallecer entre los suyos.

SERGIO.—Muy legítimo.

PANTECOSTI.—Una tarde el marqués nos leyó el testamento hecho a nuestro favor. Lloramos, le abrazamos, le dijimos: "Ahora, tío, ya puedes morirte cuanto antes." Y a los pocos días, en lugar de llegar la muerte, llegó el mes de agosto.

OSHDORI.—Sería que estaban a últimos de julio.

PANTECOSTI.—Precisamente. Con el mes de agosto llegó la catástrofe, y ahora entramos en lo que a usted le interesa... El marqués se enamoró locamente de cierta dama conocida en un té del Club Alpino...

SERGIO.—¡¡Ella!!

PANTECOSTI.—Ella, sí, señor. Elena Fortún... El marqués le pidió matrimonio, y de aquí a dos semanas se toman los votos...

SERGIO.—¿Qué? ¿Que se casa con ella?

PANTECOSTI.—Que se van a tomar los votos.

SERGIO.—¿Que se casa con ella?

PANTECOSTI.—Que se toma los votos.

SERGIO.—¿Y usted viene a decirme que se va a casar con ella?

PANTECOSTI.—Vengo a decirle a usted que se van a tomar los votos...

SERGIO.—¡¡Fuera!! ¡A la calle, barón!... *Oshidori agarra al barón para echarlo.*

PANTECOSTI.—Pero, señor Hernán...

SERGIO.—¡A la calle!

PANTECOSTI.—¡Pero si yo no quiero que se casen!

SERGIO.—¿Eh?

PANTECOSTI.—Pero, ¿no comprende usted que si el marqués se casa, la herencia volaría de nuestras manos y pasaría íntegra a su esposa?

SERGIO.—¡Pues es verdad! *Oshidori suelta el brazo del barón.*

PANTECOSTI.—Si precisamente se trata de que usted impida esa boda...

SERGIO.—¿De que yo impida esa boda?

Por el pasillo entra Francisca corriendo. Pantecosti se altera.

FRANCISCA.—¡¡ Oshidori!! ¡¡ Oshidori!!

OSHDORI.—¿Qué ocurre?

FRANCISCA.—¡El éter, pronto! ¡Que a las señoras que estoy despidiendo les dan ataques!

OSHDORI.—¿ Muchos ?

FRANCISCA.—¡Sendos!

OSHDORI.—¿Cómo sendos?

FRANCISCA.—¡Que uno a cada una!

OSHDORI.—¡Ah, bueno! *Se va por el pasillo con el pulverizador al hombro, seguido de Francisca. Aparte.* Va a haber que comprar el éter por bidones...

PANTECOSTI.— No gano para sustos...

SERGIO.—Barón... Barón, que me parece que empiezo a ver claro...

PANTECOSTI.—¡ Claro!

SERGIO.—¿Dice usted que se trata de que yo impida esa boda?...

PANTECOSTI.—¡Eso es! Después de pensar en el veneno y en las pistolas, pensamos en usted...

SERGIO.—¡Cuánto honor para mí!

PANTECOSTI.—Le fingimos amistad a la prometida del marqués, la invitamos a vivir en mi casa...

SERGIO.—¡Ah! ¡Ella está en su casa! ¡Magnífico!

PANTECOSTI.—Nuestro proyecto es invitarle también a Cercedilla, y que, con sus procedimientos infalibles, enamore a esa mujer y le haga renunciar a la boda. Usted cobra los cuarenta mil duros y nosotros heredamos del marqués

SERGIO.—*Alegrísimo.* ¡A mis brazos, barón! ¡¡A mis brazos!!

PANTECOSTI.—*No menos alegre.* Entonces, ¿acepta?

SERGIO.—¿Que si acepto? *Por el foro entra Oshidori.* Oshidori, prepáralo todo. Mañana nos vamos a Cercedilla.

OSHDORI.—Sí, señor. *Por el foro entra Pepita.*

PEPITA.—Sergio, el conde de San Isidro, que quiere verte inmediatamente...

SERGIO.— Recíbele tú, Oshidori. Dile lo que quieras... El barón y yo nos vamos, tenemos celebrar nuestro acuerdo. *Inician el mutis.*

Oscuro Rápido

Con una música cómica, Oshidori, Francisca y Sergio preparan sus maletas para el viaje a Cercedilla, mientras ocurre el cambio de escenografía.

ACTO SEGUNDO

Villa que el marqués de Pantecosti posee en Cercedilla (Guadarrama), según se va a la estación a mano derecha. Es una bonita finca rodeada por un jardín no muy extenso, pero bien cuidado, adonde llega el aire puro de la Sierra unido con el humo de los trenes: un diez por ciento de aire puro de la Sierra y un ochenta por ciento de humo de tren. La decoración del hotel la componen armaduras, escudos nobiliarios... que le dan abolengo señorial al edificio. El resto es eminentemente campestre. En las paredes se ven esos trofeos de caza -cabezas de ciervo, de cabra hispánica, etcétera-, propios de las casas donde no se caza ni se ha cazado nada nunca. Arcones, abundan esos taburetes de paja con asas, llamados serijos, característicos de las casas de campo de Ávila y Segovia. En los muros, lámparas de cristal diáfano, y un farol de la misma traza en el centro. Estratégicamente coloreados sobre algunos muebles, cacharros con flores y cestos planos con frutas. El mobiliario, severo y entonado, no carece, sin embargo, de alegría.

Salón de la villa. En el lateral derecha o foro derecha una salida que conduce al jardín de entrada. A la izquierda el comienzo de una escalera que conduce al piso de arriba, y una salida hacia las habitaciones de la planta baja. Ventanal de tamaño mediano con las cortinas descorridas. Un sofá, varios butacones distribuidos irregularmente.

Comienza la acción a las cinco de la tarde de un espléndido día de octubre, cuarenta y ocho horas después de transcurrido el primer acto. En escena Beatriz, Julia, Pantecosti y Roberto. Julia es una chica jovencísima: una de esas mujeres capaces de hacer feliz a cualquier hombre que no sea su marido. Beatriz está en los cincuenta años, y su aire de gran señora no puede disimular los feroces estragos que ha hecho en ella el tiempo. Roberto es una verdadera ruina: cuarenta y cinco años y sordo: resulta, rotunda y definitivamente sordo. En cuanto a Pantecosti, ya tenemos el gusto de conocerle. Roberto, sentado en la banca que preside la estancia, Julia en una mecedora, Pantecosti y Beatriz se pasean de un lado a otro nerviosos e impacientes, parecen aguardar algo. En esa actitud, sin hablar, permanecen unos instantes después de levantado el telón al ritmo de la música. Al rato se oye el claxon de un automóvil, lo cual solivianta a todos los personajes menos a Roberto, que naturalmente, no lo oye.

PANTECOSTI.—¡Un coche! ¡Un coche! *Echa a correr hacia el ventanal.*

BEATRIZ.—¡Un coche! ¡Un coche! *Se levanta y se va hacia el ventanal.*

JULIA.—*Levantándose.* ¡Un coche!

ROBERTO.—¿Qué? *Julia se inclina sobre la mesita y escribe algo rápidamente en un block que hay en ella y se va hacia el ventanal. Roberto se levanta y lee lo escrito. "Un coche." ¡Caray! Tira el block en la mesa y se va precipitadamente hacia el ventanal. Decepción general.*

PANTECOSTI.—*Muy contrariado. ¡Otra camioneta de pescado!*

BEATRIZ.—*¡Dichosas camionetas de pescado! Se sientan ellas de nuevo, y Pantecosti vuelve a sus paseos.*

ROBERTO.—*Sentándose también. Pero, ¿no era un auto?*

BEATRIZ.— No. Era una camioneta que pasaba.

ROBERTO.—*¿Cómo?*

BEATRIZ.—*¡¡Que era una camioneta!!*

ROBERTO.—*¿Qué?*

JULIA.—*A Beatriz. No te canses, yo se lo escribiré. Escribe algo en el block.*

BEATRIZ.—*¿A qué hora fija te dijo que llegarían, Reginaldo?*

PANTECOSTI.—*No habló de hora fija... Dijo que caerían por aquí alrededor de las cuatro.*

BEATRIZ.—*Pues son ya las cinco menos cuarto, porque acaba de pasar el tren de las dos y media.*

ROBERTO.—*Leyendo en el block que le da Julia. "No era un coche; era una camioneta de pescado." ¡Ay, ya! Se oye dentro otro claxon. Nuevo sobresalto en todos.*

PANTECOSTI.—*Ya está ahí. Se levantan con ánimo de irse, pero la entrada de Fernanda y Mariana les detiene, evitándoles el mutis. Dos jovencísimas y elegantes mujeres. Viene sin nada de abrigo, dando la sensación de que estaban en el jardín, y con aire aburrido.*

MARIANA.—*A los que están en escena. Nada, nada; no os mováis...*

PANTECOSTI.—*¿Tampoco?*

FERNANDA.—*Tampoco.*

PANTECOSTI.—*¿Otra camioneta de pescado?*

MARIANA.—*¿Otra camioneta de pescado!*

BEATRIZ.—*¡Jesús! Vuelven a sus primitivas posiciones, y Fernanda y Mariana se sientan también.*

ROBERTO.—*¿Y ahora, qué ocurre? ¿No venía un auto? Julia por toda respuesta le da el block, y Roberto lee. "No era un coche; era una camioneta de pescado." ¡Pero esto es lo de antes!*

JULIA.—¡Y lo de ahora!

ROBERTO.—¿Cómo? *Julia escribe de nuevo en el block.*

PANTECOSTI.—¡Que van diez camionetas!!

ROBERTO.—¿Qué? *Julia le da el block y Roberto lee.* "Que te calles y no des más la murga." ¡Bueno!... ¡Siempre acabamos igual! *Se levanta.* ¡Hasta luego!

BEATRIZ.—Hasta luego.

MARIANA.—Adiós. *Roberto se va por el jardín.*

FERNANDA.—¡Pobre tío Roberto! ¡Con lo joven que es!

PANTECOSTI.—No se entera de nada.

JULIA.—Un año hace ya que para entenderme con él tengo que escribirle las cosas.

PANTECOSTI.—Y lo malo es que por culpa de la sordera ha tenido que renunciar a su destino...

FERNANDA.—*Aparte a Mariana.* ¿Pues qué era el tío?

MARIANA.—*Aparte a Fernanda.* Auditor de guerra.

BEATRIZ.—¡Esa maldita mujer es la que tiene la culpa de todo!

JULIA.—¡Bien ha sabido embaucar al tío Ernesto!

BEATRIZ.—Y embaucarle cuando ya teníamos una herencia en las manos. ¡Porque es que la teníamos en las manos!

PANTECOSTI.—Yo hasta había cerrado los dedos.

MARIANA.—Como que dos días después de leernos el testamento el tío Ernesto estaba en las últimas...

FERNANDA.—Estaba acabadísimo.

MARIANA.—Y con una disnea espantosa.

BEATRIZ.—¡Hombre! Pero si respiraba ya ahogándose, con un ruido que daba gusto oírle...

PANTECOSTI.—Y la herencia cada vez más lejana. ¡Con la falta que nos está haciendo a todos! A mí me llaman de tú los porteros del Banco Hipotecario.

JULIA.—Pues lo de mi padre es peor, porque ya no le dejan pasar.

MARIANA.—No hay más solución que Sergio Hernán.

FERNANDA.—Como él no enamore a la intrusa...

BEATRIZ.—No lo dudes siquiera. La enamorará. Cuarenta mil duros en perspectiva tienen fuerza. Sin contar con que él es infalible, ¡y, además, que, según dice Reginaldo, le gustó Elena muchísimo! Está dispuesto a triunfar poniendo en juego todos sus recursos. El primero ya lo sabéis: es coquetear con todas nosotras...

PANTECOSTI.—Eso es lo único que me tiene un poco fastidiado.

BEATRIZ.—¿Vas a tener celos? ¿No, verdad?

PANTECOSTI.—Claro que no. Cómo voy a tener celos de ti...

BEATRIZ.—¿Por qué no?

PANTECOSTI.—Lo que me preocupa es que coquettee con mis hijas.

JULIA.—Pues a mi padre no le preocupa.

PANTECOSTI.—Tu padre no tiene celos porque tu padre no se ha enterado; pero escríbeselo en el block a tu padre y ya veremos lo que dice tu padre...

BEATRIZ.—Además, que Sergio Hernán no va a flirtear en serio con nosotras, sino para interesar a Elena.

PANTECOSTI.—¡Toma! Pues por eso no me he negado yo en redondo.

NINA.— *Dentro. ¡Al diablo! ¡Te vas al diablo! Por el jardín entra Nina, una muchacha de diecisiete a dieciocho años, muy mona, que viste traje de tenis y trae otra raqueta en la mano. Entra como una tromba.*

JULIA.—¿Qué pasa, Nina?

NINA.—Mi novio.

FERNANDA.—¿Qué le ocurre?

NINA.—¡Pues le ocurre que es imbécil, prima! ¡Que es imbécil desde el flequillo a la raqueta, y me quedo corta!

BEATRIZ.—¿Qué?

NINA.—¡Que tiene celos el muy majadero! ¡Que desde que supo que va a venir Sergio Hernán a enamorar a Elena, está hecho un pollino y dice que yo ando loca por Sergio!...

BEATRIZ.—¡Válgame Dios!

NINA.—¡Qué estamos todas locas por Sergio!

JULIA - MARIANA - FERNANDA.—¿Nosotras?!

NINA.—Y es lo que yo le he dicho: "Pero grandísimo idiota, ¿cómo vamos a estar locas por Sergio Hernán, si aun no le conocemos? Espérate a que le conozcamos".

A la vez. JULIA.—Eso. FERNANDA.—¡Claro! MARIANA.—¡Por supuesto!

BEATRIZ.—¡ Naturalmente!

PANTECOSTI.—A *Beatriz*. Oye, oye, pero ¿es que tú estás esperando a conocerle para...?

BEATRIZ.—¡Vamos, Reginaldo! No seas majadero.

NINA.—Y así viene dándome el té desde ayer; y ahora, como Elena me preguntaba que quién es ese amigo que esperábamos, pues Arturo ha estado en un tris de decir su nombre...

PANTECOSTI.—Hay que tener mucho cuidado. Ella no debe enterarse.

NINA.—Total: que le he dicho a Arturo que se busque novia, porque él y yo, ¡tarifados!

BEATRIZ.—¡Pero, Nina!

JULIA.—¿Qué dices, chica?

NINA.—¡Tarifados y tarifados! Y si me gusta Sergio Hernán, que me gustará... ¡pues me hago novia de Hernán!

PANTECOSTI.—¡Nina! ¡Aquí no habrá otra novia de Hernán más que Elena!

BEATRIZ.—¡Ay! La de disgustos que nos está proporcionando esa muchacha...

FERNANDA.—¡Chist! Que viene ahí. *Por el jardín entra Elena, en efecto, en traje de tenis. Está más linda que en el prólogo; se comprende que ha sufrido, y el sufrimiento le ha prestado más finura y mayor encanto. Su aire es melancólico, pero sonriente. También trae raqueta. Al verla entrar, la amabilidad y el agrado aparecen en todos los semblantes.*

JULIA.—¡Elena!... *Va a su encuentro.*

BEATRIZ.—*Amabilísima.* Venga usted acá, querida amiga. *La señala un sitio a su lado en el diván.* ¡Qué ganas de charlar con usted! Ya sabe que en esta casa todos la queremos y la estimamos como se merece.

PANTECOSTI.—*Aparte a Mariana.* ¡Qué cara dura tiene tu madre!

JULIA.—*A Elena.* Y nos pasamos el día hablando de usted...

PANTECOSTI.—*Aparte a Mariana.* Eso es verdad, pero ¡si oyese lo que decimos!...

BEATRIZ.—*A Elena.* Y crea usted que la tarde que tío Ernesto nos presentó a usted como a su futura esposa, fue una tarde de júbilo en esta casa... *A Pantecosti* ¿Verdad?

PANTECOSTI.—¡Uf! ¡Menuda tarde fue aquella!

ELENA.—*Con acento sincero.* Son muy amables, y realmente entre ustedes me siento como en familia...

BEATRIZ.—*Fingiendo una gran complacencia.* ¡Huy, mira, Reginaldo! Dice que se siente como en familia...

PANTECOSTI.—¿Sí? *Aparte.* ¡Qué mona!

ELENA.—Y todavía es más de agradecer ver tanto cariño desinteresado en una joven como yo, que, ha pasado su corta vida siempre sola y con la amargura de no encontrar verdaderos afectos.

BEATRIZ.—Pero con su juventud, su belleza y sus méritos no debe usted desesperar de encontrar algún día un hombre enamorado y joven. ¡Sobre todo un joven, que es lo digno... *Rectificando.* Que es lo digno... de una joven.

PANTECOSTI.—*Insinuante.* Este mismo amigo que estamos esperando, sin ir más lejos... ¿Quién le dice a usted que al verle no se enamora de él, y él de usted, y se arrepiente de su boda con Ernesto, y... *En voz baja.* Nosotros cobramos...

BEATRIZ.—¡¡Claro!! ¿Quién le dice a usted que no ocurre algo así?...

ELENA.—*Levantándose con un suspiro.* Tengo de los hombres una triste experiencia... Quise a uno como sólo se quiere una vez, y la desilusión me hizo tanto daño, que desde entonces he renunciado al amor para siempre. En cambio, he visto en el marqués interés por mí, adhesión y ternura paternal, y como yo no me atrevo a aspirar a más en la vida, he resuelto casarme con él, puesto que es ésa su mayor ilusión. Pero más vale no hablar de estas cosas... Me subo con Nina, que quería arreglarse un poco.

NINA.—Anda, sí, vamos, Elenita...

ELENA.—Hasta luego.

BEATRIZ.—*Amabilísima.* Hasta luego, querida amiga. *Elena y Nina se van por el primero derecha. En cuanto Elena desaparece, estalla la indignación en todos.*

MARIANA.—¡Qué cinismo!

FERNANDA.—¡Qué descaró!

JULIA.—Pues ¿no dice que se va a casar con el tío Ernesto porque ha visto en él ternura paternal?

BEATRIZ.—Lo que ha visto son dieciocho millones de pesetas, uno detrás de otro.

PANTECOSTI.—¡Hombre, claro! En fila india.

MARIANA.—¡Naturalmente!

OSHDORI.—*Dentro.* ¡Digo, caballero, que si es éste el hotel del barón de Pantecosti!

ROBERTO.—*Dentro.* ¿Qué?

FRANCISCA.—*Dentro.* ¡¡De Pantecosti!!

PANTECOSTI.—¡Ya están aquí ! ¡Ya están aquí! *Gran revuelo. En este momento, en el jardín, aparecen Oshidori, Francisca y Roberto. Ella viste traje de viaje y porta maleta, y Oshidori abrigo al brazo y gorra inglesa. Entran pidiendo informes a Roberto, que, como es de suponer, no les oye.*

OSHDORI.—¡Ah! Señor barón... *Se inclina.*

PANTECOSTI.—Señorita... Pero, ¿y su amo, Oshidori? ¿No viene el señor Hernán?

OSHDORI.—Sí, señor barón. Es que nosotros hemos venido en tren y el señor viene en coche...

PANTECOSTI.—¡Ah! Comprendo. *A los demás.* Es Oshidori, el famoso Oshidori, del que tanto os he hablado. Venga usted; le voy a presentar. *Señalando a Beatriz.* ¡Mi esposa!

OSHDORI.—*Inclinándose* Señora baronesa. Honradísimo.

PANTECOSTI.—Mis hijas, Fernanda Pantecosti Garrastazu del Alcor de las Trece Almenas de Laín y Urrutia.

OSHDORI.—*Inclinándose.* Honradísimo.

PANTECOSTI.—Y Mariana Laín Pantecosti Garrastazu del Alcor de las Trece Almenas de Laín y Urrutia.

OSHDORI.—*Inclinándose.* Honradísimo.

PANTECOSTI.—Mi cuñado, don Roberto Gamboredo del Pinar de Tres Viñas del Pomar de Silva y Carabantes.

OSHDORI.—Sordísimo.

PANTECOSTI.—Un entusiasta del cine sonoro.

OSHDORI.—*Inclinándose.* Caballero...

ROBERTO.—*A Pantecosti.* Y este señor, ¿quién es? ¿Eh? ¿Quién es? *Pantecosti no le contesta y sigue las presentaciones.* ¡Bueno! ¡Llevo una temporada que no me hace caso nadie! *Se va de muy mal humor por las habitaciones.*

PANTECOSTI.—Mi sobrina doña Julia Gamboredo del Pinar Pantecosti Tres Viñas del Pomar de las Trece Almenas.

OSHDORI.—*Inclinándose.* Señorita...

PANTECOSTI.—Y finalmente, mi sobrina Nina Gamboredo del Pinar y Pantecosti Tres Viñas del Pomar de las Trece Almenas.. *Oshidori la busca hasta debajo de los muebles para saludarla.* No. Está en el piso de arriba...

OSHDORI.—¡Ah, ya! Sí, sí...

PANTECOSTI.—*Por Francisca.* ¿Y esta señorita, Oshidori?

OSHDORI.—*Presentando a Francisca.* La señorita Montánchez, secretaria por amor del señor.

FERNANDA.—*Aparte a Mariana y Julia.* ¡Ha dicho secretaria por amor!

JULIA.—¡Secretaria por amor!

MARIANA.—¡Qué novelesco!

BEATRIZ.—Siéntese, señorita... Aquí, con nosotras.

FRANCISCA.—Muchas gracias, señora... *Se sienta.*

PANTECOSTI.—Y usted, Oshidori, venga acá. *Lo coge del trazo y se lo lleva a la derecha.* Mientras Hernán llega nos fumaremos un cigarrito juntos.

OSHDORI.—*Muy emocionado.* ¡Señor barón! Un humilde criado no puede consentir...

PANTECOSTI.—Le he dicho que con toda confianza.

OSHDORI.—¡Ah! Si hay confianza... *Coge dos cigarrillos.*

PANTECOSTI.—Hombre, hay confianza, pero no tanta.

OSHDORI.—¡Por Dios, señor barón! Iba a coger uno para cada uno... *Le da un pitillo y se queda el otro. Los enciende.*

PANTECOSTI.—Perdone usted; es que yo pensé que cogía uno para ahora y otro para luego... Pues nada, en esta casa, Oshidori, se le considera como un amigo... *Oshidori se pone de pie.* Siéntese. Como un aliado de todos nosotros. *Levantándose de nuevo Oshidori.* Pero siéntese... Aparte de que usted es un hombre acostumbrado a vestir de frac. *Oshidori se levanta otra vez.* Siéntese, hombre, que...

OSHDORI.—No. Si es que iba a tirar la cerilla... *La deja en el cenicero. Se sienta definitivamente con Pantecosti.*

PANTECOSTI.—En fin lo esencial es que Hernán está en camino.

JULIA.—Yo había pensado ya incluso en un accidente de automóvil...

OSHDORI.—¡Oh! De eso no hay cuidado. Porque como el chófer del señor es argentino está acostumbrado al ritmo del tango y conduce muy despacio.

PANTECOSTI.—Menos mal.

BEATRIZ.—Un chófer argentino y autor de tangos, una marquesa de doncella, una bailarina húngara de cocinera y esta señorita *Por Francisca*. Secretaria por amor... ¡¡Qué hombre!!

MARIANA.—¡Es un tipo de leyenda!

FRANCISCA.—No lo sabe usted bien, señorita...

FERNANDA.—Usted lo conocerá a fondo...; ¿es verdad todo lo que cuentan de él?

FRANCISCA.—Lo que cuentan de él es pálido.

BEATRIZ.—¿Pálido?

OSHDORI.—Lívido, señora baronesa.

MARIANA.—¿Y usted está contenta de ser secretaria suya?

FRANCISCA.—No cambiaría mi puesto por todos los diamantes del mundo... ¡Sufro tanto junto a Sergio!

OSHDORI.—Hay que advertir que la señorita Montánchez traduce sufrimiento por regocijo...

JULIA.—¿Es posible?

PANTECOSTI.—A *Francisca*. Pues si viviera usted en la situación en que estamos viviendo nosotros hace un mes se moriría usted de risa, señorita.

OSHDORI.—¡Bah! Los señores se preocupan por lo que está resuelto de antemano...

BEATRIZ.—Entonces usted no duda del éxito del señor Hernán en esta casa, ¿verdad?

OSHDORI.—El señor hará como Julio César: vendrá, se quitará los guantes, hablará y triunfará.

PANTECOSTI.—Pero Julio César no se quitó los guantes, Oshidori.

OSHDORI.—Porque sus conquistas no eran femeninas, señor barón. Y para triunfar, mi amo empezará por coquetear con estas señoritas...

PANTECOSTI.—*Saltando*. ¡Pero sólo para interesar a Elena!...

OSHDORI.—Sí, señor; para interesar a esa señorita y para entrenarse...

PANTECOSTI.—¿Para entrenarse? ¿Ha dicho para entrenarse?

OSHDORI.—Naturalmente, caballero. Es lógico.

PANTECOSTI.— *Amoscadísimo*. ¿Lógico? ¿Lógico que necesite entrenarse como un boxeador o un futbolista?

OSHDORI.—Caballero, ¿y qué es el amor más que un deporte? El amor es un deporte en el que el corazón actúa de árbitro...

MARIANA - FERNANDA ¡Eso es!

BEATRIZ.—¡Y qué bien dicho!

OSHDORI.—*Con su modestia habitual*. Es una frase del señor...

PANTECOSTI.— Pues que se entrene con mis sobrinas que tienen un padre sordo, con Julia, o con Nina, que además tiene un novio tonto. O que se entrene, si está lo bastante loco para ello, con Beatriz...

BEATRIZ.—Pues si hace falta se entrenará.

PANTECOSTI.— *Por Fernanda y Mariana ...pero con éstas, con éstas no se entrena.*

Beatriz se lleva aparte a Pantecosti.

BEATRIZ.—Acuérdate del Banco Hipotecario, Reginaldo; acuérdate de que ya te llaman de tú los porteros. Hernán es nuestra única salvación económica y social. Así que tú verás lo que haces.

OSHDORI.—*Haciendo como si escuchase un ruido que viniese de fuera*. ¿Eh? ¡Callen ustedes!

PANTECOSTI.—¿Qué pasa?

OSHDORI.—¡¡Sí!! Es el claxon... ¡¡Ahí viene el señor!!

Todos se movilizan; las señoras dan el último toque a su peinado, los hombres se aprietan el nudo de la corbata.

BEATRIZ.—¡Corre, Fernanda! ¡Sube a avisar a Nina y a Elena! ¡Vamos! *Fernanda sale hacia la escalera, el resto hacia el jardín, excepto Oshidori y Francisca.*

OSHDORI.—Es necesario que aprovechemos el tiempo, señorita Montánchez. . . Si no le prepara el camino, el señor fracasará, y no sólo perderá los 40.000 duros, sino que será capaz de suicidarse.

FRANCISCA.—¡San Pedro Nolasco!

OSHDORI.—Usted sabe que esa señorita huyó de él una vez, y en cuanto comprenda que el amigo que esperan en esta casa es el señor, volverá a huir nuevamente.

FRANCISCA.—¿Y cuál es mi misión entonces?

OSHDORI.—Hablarle a la señorita Elena, decirle que el señor está loco por ella. Y a cambio de eso, obtener su propia felicidad...

FRANCISCA.—¿Mi propia felicidad?

OSHDORI.—¡Claro! Porque si usted, amando al señor, le prepara el terreno para que consiga a otra, ¡imagínese el margen de sufrimiento que tiene usted! ¡Puede usted sufrir de un modo bárbaro!

FRANCISCA.—¡Pues es verdad! ¡Lo que puedo sufrir! ¡Puedo sufrir horrores!...

OSHDORI.—¡Puede usted hacerse polvo sufriendo! Puede usted incluso morir de del disgusto...

FRANCISCA.—¡Qué alegría! *Por la escalera aparece Fernanda, luego Nina.*

FERNANDA- NINA.— *A Oshidori y Francisca. Buenas tardes... Salen rápido.*

OSHDORI.—Señoritas... *Se inclina. Francisca saluda con el gesto.*

ELENA.—*En la escalera.* ¿Oshidori?

OSHDORI.—*Inclinándose.* Señora...

ELENA.—¿Qué significa esto? ¿Qué hace usted aquí? *Viendo los maletines que han quedado en el suelo y sospechándose todo.* ¿Es que...? ¿Es quizá es su amo al que...?

OSHDORI.—Sí, señora. El amigo que aquí esperan es el señor.

ELENA.—¡No! ¡No es posible!

OSHDORI.—Sí, señora, sí.

ELENA.—¡Pues no me verá! ¡Me iré! ¡Me he jurado a mí misma no verle más en la vida! *Inicia el mutis primero derecha.*

OSHDORI.—*Interponiéndose entre ella y la puerta.* Señorita, antes de irse, haría bien oyendo algo que tiene que decirle esta señorita...

ELENA.—¿Esta señorita?

OSHDORI.—*Presentándola.* Francisca Montánchez, secretaria del señor y una de sus víctimas más recientes. La víctima pirulí.

ELENA.—¿Qué quiere usted decir?

OSHDORI.—Quiero decir exactamente lo que va a decir ella. Así es que... *Se inclina sonriendo y se va por el jardín.*

FRANCISCA.—Estoy bien enterada de su "caso", señora. He visto con mis propios ojos aquel tomo de la H, donde aun puede leerse: "Elena.—Conocida en Sakuska el 10 de junio. Joven. Rubia. Romántica tirando a cursi..."

ELENA.—¡Calle usted, por favor!

FRANCISCA.—¡Oh! No es mi intención hacerla sufrir, porque a lo que he venido es a sufrir yo; pero está mal, señora, que una mujer aborrezca a un hombre sólo porque él la haya estimado inferior a lo que su vanidad le ha hecho creerse...

ELENA.—Ni huí de Sergio por eso ni le aborrezco por eso tampoco. Le aborrezco porque, después de quererle con todo mi corazón, vi que yo, en cambio, había sido para él una de tantas...

FRANCISCA.—¡Qué más habríamos querido esas "tantas" sino que usted hubiera sido para él una de nosotras!...

ELENA.—¿Cómo?

FRANCISCA.—Si usted hubiera sido para él "una de tantas" no estaría ahora Sergio en Cercedilla, señorita...

ELENA.—*Sarcástica.* ¿Irá usted a hacerme creer que Sergio ha venido a esta casa por mí?

FRANCISCA.—Puede que no se lo haga creer; pero ésa es la verdad... Sergio la quiere a usted, señorita. Desde anteayer que supo que estaba usted aquí y que se hallaba comprometida con el marqués, no duerme ni sosiega pensando en venir y en romper ese compromiso...

ELENA.—¡Me resulta difícil de creer!

FRANCISCA.—Pues es cierto todo... ¡Todo!

ELENA.—Y si lo fuera... ¿qué razón hay para que usted, que dice quererle, me hable a mí de esa forma?

FRANCISCA.—Porque le quiero aspiro a que él sea feliz... Pero no es eso sólo... Hay otras razones que usted no comprendería... Ahora mismo tengo el corazón tan en un puño que me entran ganas de saltar y de dar vivas... *Alegrándose por momentos.* Porque usted me cree..., ¿verdad que me cree? ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! Y usted me da palabra de quedarse...; ¿verdad que me da palabra de quedarse?

ELENA.—Soto para convencer a Sergio de que cuanto intente es inútil...

FRANCISCA.—¡Qué dicha, Dios mío! ¡Gracias, San Estanislao de Kotska! *Llorando.*
¡Ah! ¡Cómo sufro! ¡Qué alegría! ¡Me están entrando unas ganas de reír! ¡¡Unas ganas de reír!! Necesito un calmante, sales inglesas, algo que...

ELENA.—Pero ¿qué le sucede? Voy por las sales.

FRANCISCA.—¡Que sufro de un modo! ¡Qué gusto! *Llora más.* ¡¡Qué gusto más grande!! ¡Ay, ya no se puede sufrir más en el mundo!

Hace mutis detrás de Elena, riendo con todas sus fuerzas, llevando la maleta, por la escalera. Por el jardín entra entonces Sergio con Fernanda, Julia, Mariana y Nina, que vienen comiéndoselo con los ojos. Oshidori detrás.

NINA.—A Sergio, *melosísima.* . . .Y personalmente es usted mucho más interesante que por referencias...

MARIANA.—Infinitamente más...

SERGIO.—Gracias, muchas gracias... *Se separa de ellas y habla aparte ansiosamente con Oshidori.* ¿Y ella? ¿Dónde está ella?

OSHDORI.—Ahora subo a buscarla. Pero, por lo que más quiera, finja el señor indiferencia. Recuerde lo que le he dicho en el jardín: galantee a las demás, disimule sus sentimientos...

SERGIO.—Sí, sí ... Tienes razón... *Oshidori sale por la escalera.*

FERNANDA.—*Cogiendo a Sergio por un brazo y llevándose al sofá.* Dígame, amigo Hernán..., ¿y es verdad que no se ha enamorado usted nunca, nunca?

SERGIO.—Nunca, señora. Pero si usted sigue mirándome así... *Se sientan en el sofá y quedan hablando aparte.*

JULIA.—A Nina. ¡Qué encanto de hombre!

NINA.—¡Es maravilloso!

JULIA.—¿Qué diréis que me ha dicho antes? Que tengo ojos de mujer fatal...

FERNANDA.—Y a mí.

NINA.—¡Qué casualidad! A mí también me lo ha dicho...

MARIANA.—¿A ti también? Bueno, pero a ti te lo habrá dicho en broma. Como eres una chiquilla... *Le da la espalda y se dirige a sentarse al otro lado de Sergio. El resto la siguen y rodean a Sergio.*

PANTECOSTI.—*Entrando del brazo de su mujer.* ¡Pero que acabe ya, hombre, que acabe ya!

BEATRIZ.—¡Reginaldo, los dieciocho millones!

PANTECOSTI.—Ya lo sé. ¡Maldita idea la mía!

Entra Oshidori.

OSHDORI.—La señorita Elena baja ya, señor.

SERGIO.—*Poniéndose palidísimo y levantándose.* ¿Eh?

PANTECOSTI.—Ha llegado su momento, amigo Hernán... Les presentaré a ustedes y... *Se levantan todos.*

OSHDORI.—Creo que será mejor que les dejemos solos.

PANTECOSTI.—Mejor. Ni una palabra más... Vamos, niñas... *Inician el desfile. A Sergio.* ¡No le digo nada, amigo Hernán! Es el instante decisivo... *Sale por el jardín.*

SERGIO.—Sí, barón, sí.

BEATRIZ.—De usted depende la tranquilidad de todos, querido amigo... Si fuera yo no tendría nada que hacer... *Beatriz sale por el jardín.*

MARIANA.—*Aparte a Fernanda, que va de su brazo.* ¡Quién fuera ella!

JULIA.—¡Ay, sí! ¡Quién fuera ella!

NINA.—La suerte que tienen algunas... *Las chicas salen también por el jardín.*

SERGIO.—Por primera vez, tiemblo, Oshidori. Por primera vez, dudo...

OSHDORI.—Recuerde el señor sus propias teorías... "Dudar es fracasar", "las mujeres y los tranvías hay que tomarlos en marcha"...

SERGIO.—Sí. Yo he dicho eso y muchas cosas más, pero entonces no estaba enamorado, Oshidori, y era fuerte y audaz; ahora es distinto... Ahora no podría decir nada; me siento inexperto y débil...

OSHDORI.—¡Ya baja! *Oshidori sale por el jardín. Elena en la escalera. Quedan Elena y Sergio frente a frente. La emoción no les deja hablar en unos instantes. Es ella la primera en reaccionar y avanza sonriente.*

ELENA.—*Siempre sonriendo.* Ya está logrado el encuentro: ya se han retirado tu ayudante y tu "manager"... Comienza el "match"... ¿No era eso lo que deseabas? ¿Por dónde vas a empezar? ¿Vas a decirme una ironía o... vas a recitarme "El lago" de Lamartine?

SERGIO.—Ninguna de las dos cosas, Elena. Anteayer supe que estabas aquí y que vas a casarte, y he venido a que hablemos seriamente...

ELENA.—¡Hablar seriamente! Y eso ¿qué significa en ti, agotamiento o cambio de táctica?

SERGIO.—Eso significa sinceridad y desilusión.

ELENA.—¿Has sabido alguna vez lo que es sinceridad?

SERGIO.—¿Y si te preguntase, Elena, la causa de tu boda..., apelando a la sinceridad?

ELENA.—Tendría que contestarte que la desilusión. Pero si me preguntaras la causa de mi desilusión, entonces tendría que responder que tu sinceridad...

SERGIO.—Hace un instante dudabas de ella...

ELENA.—De tu sinceridad para hablar seriamente a una mujer dudaré siempre. Las románticas tirando a cursis... somos así.

SERGIO.—No hablemos de eso... Nunca me he arrepentido tanto de unas palabras escritas en un momento de...

ELENA.—Sí. Es mejor no hablar de eso; se remueven demasiadas cosas pasadas...

SERGIO.—¿Y olvidadas?

ELENA.—Y muertas.

SERGIO.—Comprendo que no puedas creer en mi sinceridad al hablarte, pero cree en mi desilusión al saber que te casas... No es posible que te cases por amor...

ELENA.—No. No me caso por amor. ¿Y qué importa? Aquel día en que comprobé todas las cosas desgarradoras que pensabas de mí, tu criado dijo que yo no era más que una mujer dispuesta a la desesperación. Acertó; y eso he sido desde entonces. No intentes ahora pedirme cuentas de tus propias culpas.

SERGIO.—Pero todo eso significa que me quieres...

ELENA.—No. Eso significa que te he querido. . . y que me he desengañado de ti. . .

SERGIO.—No hay razón para ese desengaño. Te juro...

ELENA.—¡Tus juramentos! Nadie que los haya oído una vez volverá a confiar en ellos...

SERGIO.—¡Elena!

ELENA.—Déjame... No hay nada que decir...

SERGIO.—Elena... No sé hablar ni expresarme... Pero te quiero, Elena...

ELENA.—Déjame...

SERGIO.—¿Qué podré decirte? ¿Qué necesita decir un hombre para convencer a una mujer?

ELENA.—A cualquier hombre lo que tú has dicho le bastaría.

SERGIO.—¿Y a mí?

ELENA.—A ti lo que has dicho te sobra... *Inicia el mutis.*

SERGIO.—*Deteniéndola nuevamente y echando el alma por la boca.* Esperaba todo esto, esperaba verte dolorida e incrédula, pero lo que no pude esperar nunca es que hubieras olvidado así lo feliz que tú misma confesaste haber sido conmigo...

ELENA.—¡Calla! Déjame... *Quiere irse y él la sujeta.*

SERGIO.—¡Elena!...

ELENA.—*Revolviéndose airada; deshaciendo en rabia su desesperación de no poder creerle.* ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres? ¿Despertar de nuevo mi fe para volver a humillarla? ¿Añadir unas líneas más en tu catálogo de hombre que se ríe de las mujeres? ¡No! Ya es bastante, Sergio. Se sufre un día y para siempre. No quiero volver a sufrir más...

SERGIO.—¿Y nunca ha de haber nada entre los dos?

ELENA.— Nunca. Lo único que entre los dos puede haber ya es la distancia. *Sosteniéndose con un último esfuerzo por no llorar, se va por el jardín. Sergio, al quedar solo, tiene un instante de duda; luego se va detrás de Elena, pero al llegar a la puerta, Oshidori, que entra al tiempo le detiene.*

OSHIDORI.—¡Quieto! ¿Qué va a hacer el señor? Cuidado, que todo puede echarse a perder...

SERGIO.—Ya está todo perdido, Oshidori.

OSHIDORI.—Al contrario, señor; está todo ganado. Va llorando, y "en la mujer las lágrimas son el vermú del amor". ¿No recuerda el señor esa frase?

SERGIO.—Entonces, ¿crees tú. . .?

OSHIDORI.—Que está en el bote. Ahora dedíquese el señor a las demás, y esta noche, en el jardín, aprovechando la luna...

SERGIO.—*Abrazándole.* Oshidori... Dios te lo pague. ¡Muchas gracias! *Se va, como un muerto resucitado, por la escalera.*

OSHIDORI.—¡Qué alegría da cumplir con el deber!

ADELAIDA.—*Dentro.* ¿Es aquí? Sí. Aquí es...

OSHDORI.—*Viéndola. Aparte.* ¿La condesa?... ¡Muertos somos!

Por el jardín entra Adelaida.

ADELAIDA.—*Descubriendo a Oshidori, avanzando majestuosamente y sentándose en un sillón.* Hola, Oshidori.

OSHDORI.—Buenas tardes, señora condesa... ¡Qué sorpresa tan inesperada!

ADELAIDA.—Todas las sorpresas son inesperadas, porque si no fueran inesperadas no serían sorpresas.

OSHDORI.—Es verdad, señora condesa.

ADELAIDA.—Y no hagas el piel roja fingiendo alegría al verme, porque me consta que mi presencia aquí tiene que ser para vosotros un disgusto...

OSHDORI.—De ningún modo, señora condesa.

ADELAIDA.—Sergio andará por ahí dentro, ¿verdad? No me digas que no, que hoy te la cargas.

OSHDORI.—Sí, señora condesa. Ahí dentro está.

ADELAIDA.—Enamorando a la niña de los cuarenta mil duros, ¡claro!...

OSHDORI.—¿A la niña de los cuarenta mil duros, señora condesa?

ADELAIDA.—No te molestes en negar, que lo sé todo. La secretaria que dimitió anteaer le ha informado extensamente a mi marido del negocio que le ha propuesto a tu amo ese barón de Pantecosti, y mi marido me lo ha dicho a mí luego. . . Y la verdad es que después de mucho pensar, todavía no sé quién tiene menos vergüenza, si la secretaria, el barón, Sergio, tú, yo o mi marido... Lee, lee esta carta. *Le da un sobre abierto.* Que me ha dejado mi marido para Sergio antes de partir anoche con rumbo a California.

OSHDORI.—¡A California!

ADELAIDA.—Sí. Dice que se va a hacer películas...

OSHDORI.—*Sacando la carta y leyendo.* "Señor don Sergio Hernán. Mi querido amigo y sustituto. Treinta años hace, señor Hernán, que aguardo la ocasión de ver a otro ciudadano solvente enamorado de mi esposa y hoy se cumplen, al fin, mis deseos. ¿Usted ama a Adelaida? Pues para usted para siempre. Yo me voy a California, que tiene un clima ideal. Adiós, amigo Hernán. Mándeme lo que quiera, menos a Adelaida, y reciba un abrazo de su agradecidísimo..."

ADELAIDA.—Vamos... Hace falta ser sinvergüenza, ¿sí o no?

OSHDORI.—A mí me parece un genio, señora condesa.

ADELAIDA.—¿Eh?

SERGIO.—*Bajando la escalera. ¿Eh? ¡Adelaida! Avanzando hacia ella. ¿Qué es esto? ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido a esta casa?*

ADELAIDA.—¿Que a qué he venido? Pues a verte... Traigo una carta de recomendación... Anda, Oshidori, dale la epístola.

OSHIDORI.—*Aparte, dando la carta a Sergio. La catástrofe, señor... Lo sabe todo...*

Por el jardín entran en este momento Pantecosti, Beatriz, Mariana, Fernanda, Julia, Nina y Roberto.

ADELAIDA.—*A Pantecosti y los demás. ¿De manera que ustedes son los famosos herederos?... Los que han escotado los cuarenta mil duros para que Sergio enamore a la prometida del marqués y poder pescar la herencia, ¿eh?*

SERGIO.—¡Y has venido! ¡Hace falta estar loca para suponer que yo...!

ADELAIDA.—*Con una calma que da frío. No, hijo, no; si yo no he supuesto nada... En este momento por el jardín entra Elena. ¡Ahora que vengo a hablar! ¡Vengo a tirar de la manta y a descubrirle a esa señorita que la estás enamorando por cuarenta mil duros!*

ELENA.—*Avanzando. ¿Qué dice esta señora?*

OSHIDORI.—Nada, señorita. No dice nada. Es que está de broma.

PANTECOSTI.—¡Eso es! ¡Es que está de broma! ¡Ja, ja, ja!... *A los demás, aparte. ¡Reíos para disimular!...*

TODOS.—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bromista!

PANTECOSTI.—¡Vamos, lleváosla! ¡Ja, ja, ja! ¡Vamos!

TODOS.—¡Qué risa! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Qué bromas! *Arrastran a Adelaida hasta conseguir llevársela por el jardín en medio de un barullo imponente. Quedan en escena Oshidori, Elena y Sergio.*

SERGIO.—Elena, escucha...

ELENA.—¡Déjame! ¡Canalla! ¡Eres un canalla! *Se van llorando por el primero derecha.*

SERGIO.—¡Elena! *La sigue.*

OSHIDORI.—*Abrumado. ¡San Serení del Monte!*

Oscuro Rápido

ACTOTERCERO

La misma decoración del acto anterior. Han pasado dos meses y durante este tiempo la mayor parte de los que habían ido a la Sierra a veranear se han vuelto a Madrid; a la puerta de muchos hoteles ha sido colocado el cartel de "Se alquila"; los árboles han perdido sus hojas y la Compañía de Ferrocarriles del Norte ha suprimido su servicio de trenes-tranvías. Comienza la acción en las últimas horas de la tarde, casi de noche.

En escena Oshidori, con un libro abierto en la mano, leyendo en alta voz. Después aparece Sergio, sentado en la mecedora junto a la chimenea, ve caer la tarde en una actitud despampanantemente triste y melancólica. Lleva un batín de casa y zapatillas; todo él respira desilusión, desencanto y agotamiento, y, lo que es más de notar, tiene unas marcadas ojeras y no se ha peinado, transmite dejadez. Aclaración: el libro que Oshidori le está leyendo a Sergio es las "Rimas" de Bécquer.

OSHDORI.—*Leyendo.*

“Volverán las tupidas madre selvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
sus flores se abrirán.
Pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
esas no volverán.
Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar
y otra vez con el ala en sus cristales,
jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres,
ésas... ésas no volverán.”

SERGIO.—*Repitiendo a media voz.* "Aquellas que aprendieron nuestros nombres, ésas no volverán"... Dame un pañuelo, Oshidori... *Oshidori le da uno y Sergio se enjuga las lágrimas. Suspirando.*

OSHDORI.—Vamos, señor... ¡Anímesese! Si el señor sigue así, se va a liquidar por los lagrimales...

SERGIO.—Ya estoy tranquilo... *Le devuelve el pañuelo.*

OSHDORI.—Creo, señor, que sería mejor dejarlo, porque...

SERGIO.—Sigue, Oshidori. ¡Sigue! *Llorando a lágrima viva.* ¡¡Déjame el pañuelo otra vez, anda!!

OSHDORI.—*Dándole el pañuelo.* ¡Pero, señor!...

SERGIO.—Me gustaría que fueras más sensible. Yo, desde que sufro, me siento más sensible. Oshidori. Busca ahí, en el libro, y encontrarás una cuartilla llena de versos míos...

OSHDORI.—*Asombrado.* ¡Versos del señor!

SERGIO.—Los escribí anoche. Desde que Elena se fue, mi alma ha caído en una noche oscura.

OSHDORI.—Vamos, señor. Le leeré al señor sus versos para alejar esas ideas negras, y ya verá cómo nos reímos. *Leyendo un papel que ha sacado de entre las páginas del libro.* "Soneto. Mi corazón angustiado sufre todas las torturas de un amor que nunca ha de alcanzar."

SERGIO.—Ése es el título.

OSHDORI.—Un poco largo, ¿no?

SERGIO.—Sí, pero como los versos son cortos...

OSHDORI.—¡Ya! Pues vamos a ver ... *Leyendo.*
 "Cada mujer que vi se me rindió enseguida
 al oír que en sus ojos había algo fatal,
 y el que ella fuese rubia, más o menos teñida,
 o el que fuese morena, a mí me daba igual."
Aparte. ¡Sopla! *Volviendo a leer.*
 "Pero un día el amor se cruzó en mi camino,
 y caí como cae en la trampa el gorila,
 bajo el poder omnímodo de una mujer sin par...
 Y aquí estoy, desde entonces, hecho polvo y mohíno,
 viendo pasar los días uno a uno y en fila,
 deseando la muerte, triste y sin arreglar."
 "Sergio Hernán. Cercedilla, 24 de noviembre."

SERGIO.—¿Qué te parecen?

OSHDORI.—Muy malos, señor.

SERGIO.—A mí también. *Acongojándose de nuevo.* ¡A mí también me parecen muy malos, Oshidori! ¡Son malísimos! Pero ¡de alguna manera tengo que desahogarme!...

OSHDORI.—¿Y por qué no escribe el señor un drama en cinco actos?

SERGIO.—¡Ay, Oshidori! ¿Por qué se iría Elena?

OSHDORI.—¿Cree el señor que ninguna mujer puede aguantar la presencia del hombre que quiere sabiendo que él la está enamorando por cuarenta mil duros?

SERGIO.—Pero a ti te consta que yo la enamoraba sinceramente...

OSHDORI.—A mí, sí; pero a ver quién es el guapo que la convence también a ella...

SERGIO.—¡Y desaparecer de improviso, sin palabras, sin una explicación! ¿Cómo pude resistirlo? ¿Por qué no me morí en aquel instante, Oshidori?

OSHDORI.—Porque morir se da siempre pereza, señor.

SERGIO.—¡Y no haber vuelto a saber nada de ella!

OSHDORI.—A lo mejor el señor sabe de ella el día menos pensado...

SERGIO.—¡Ilusiones, Oshidori! *Volviendo a su desesperación.*

OSHDORI.—¡Vamos! Hay que tener ánimo. Si hace tres meses me hubieran dicho que iba a ver al señor en ese estado... ¡Y a causa de una mujer! ¡Habiéndolas tenido a centenares!

SERGIO.—¡Pero ninguna era como ella, Oshidori!

OSHDORI.—El señor me advirtió una vez que "las mujeres sólo se diferencian unas de otras en lo que pagan a hacienda".

SERGIO.—¡Qué sabía yo entonces! Déjame... Vete... Estoy mejor solo... *Adopta de nuevo su actitud melancólica. Pausa* ¿Has oído? Alguien viene.

OSHDORI.—Serán los sinvergüenzas esos...

SERGIO.—¿Qué sinvergüenzas?

OSHDORI.—Los herederos del marqués.

SERGIO.—Es pronto, porque después de los funerales tenían pensado irse a pasar el día a Navacerrada.

OSHDORI.—Entonces serán don Indalecio Cruz y la señorita Montánchez, que están invitados a comer.

SERGIO.—Indalecio y Francisca... Otros que también me abandonaron...

OSHDORI.—Es que don Indalecio se ha convencido de que el sistema de enamorar a las mujeres es tratarlas mal y ha vuelto loca a Francisca haciéndola sufrir. *Por el jardín entra Francisca, viene vestida de noche y con abrigo.*

FRANCISCA.—*Alegremente.* ¡Hola, Oshidori! ¡Buenas tardes, Sergio!

SERGIO.—*Saludando por compromiso; sin pizca de ganas de saludar.* Hola, Francisca. *Se va por la escalera.*

OSHDORI.— ¡Pobre señor! *Va a un sillón y se deja caer en él.* ¡Pobre señor!

FRANCISCA.—Está igual que cuando me fui, ¿verdad? *Deja el abrigo sobre la banca.*

OSHDORI.—Está peor, señorita Montánchez. Está mucho peor... Sigue sin querer comer, y sin querer beber, y sin querer dormir...

FRANCISCA.—Y sin querer arreglarse.

OSHDORI.—No tiene gana de nada, y se pasa las horas muertas en este ventanal llorando, contando los corderos que pasan y diciéndoles adiós con un pañuelo a todos los maquinistas de todos los trenes.

FRANCISCA.—Todo esto le ocurre a Sergio porque está enamorado; pero si consiguieras que Elena viniese, Oshidori...

OSHDORI.—Lo conseguiré, señorita Montánchez. La he escrito diciéndole tal cosa para picarle la curiosidad, que ha contestado que hoy a las siete vendría a ver al señor.

FRANCISCA.—¿Entonces?

OSHDORI.—Mi miedo es que, una vez satisfecha su curiosidad, se marche sin hacer al señor ningún caso...

FRANCISCA.—¡Y pensar que ese hombre es el que me ha enseñado a Indalecio a conquistar!

OSHDORI.— ¿Es cierto que se casa con el señor Cruz?

FRANCISCA.—*Con entusiasmo.* ¡Sí,! ¡Estoy tremendamente feliz! No sabe lo que me hace sufrir desde que me marché de aquí. Por cierto, ¿y los herederos? ¿Se han salido con la suya?

OSHDORI.— Ya sabes que desde que se marchó la señorita Elena, el marqués comenzó a decaer... y hace cosa de seis días falleció, testando a favor de ellos.

FRANCISCA.— Todos los sinvergüenzas tienen suerte.

OSHDORI.— Y lo peor es que empieza a darme en la nariz que van a negarse a entregarnos los cuarenta mil duros porque dicen que el señor no los ha ganado, que Elena se fue por su propio pie y no se llevó a cabo la conquista.

FRANCISCA.—¡ No me digas!

OSHDORI.— Ahora, que si ellos le hacen al señor esa jugada, yo he resuelto hacerles a ellos una película sonora, llamándoles sinvergüenzas en cinco versiones, que se va a oír en Hollywood.

FRANCISCA.—Y entonces, ¿esta comida a la que nos han invitado... ?

OSHDORI.—Pues da miedo decirlo, pero es para celebrar el fallecimiento del marqués... *Dentro suenan dos claxons de automóvil y por el ventanal cruza el resplandor de unos faros. ¡Ya están ahí!*

BEATRIZ.—*Dentro.* ¡Chist! ¡Callarse, que ahora en casa nos reiremos!

PANTECOSTI.—*Dentro.* Bueno, pero antes un viva. ¡Viva el tío muerto!

TODOS.—*Dentro.* ¡¡Vivaaa!! *Entran Beatriz y Pantecosti de luto riguroso por el jardín.*

PANTECOSTI.—¡Oshidori! Pensaba que ya se habrían marchado.

OSHDORI.—De eso precisamente quería hablarle. Los estaba esperando. Si los señores fueran tan amables de pasar conmigo un momento al saloncito...

BEATRIZ.—*Aparte a Pantecosti.* Lo veo venir. Éste va a hablarnos de los cuarenta mil duros...

PANTECOSTI.—*También aparte.* ¡Pues está arreglado! *Se gira para iniciar el mutis por el jardín.*

OSHDORI.—*A Pantecosti.* ¡Chist! ¡Caballero! Dirección prohibida. Siga la flecha. Señala a la izquierda. *Pantecosti y Beatriz salen por las habitaciones.* Venga usted también, Francisca, porque me parece que ha llegado el momento de la película sonora... *Sale por las habitaciones.*

FRANCISCA.—*Voy.* *Se dirige a coger el abrigo. Inicia el mutis hacia las habitaciones. Entra Elena.* Pues tenía razón Oshidori... No ha tardado en aparecer.

ELENA.—¿Señorita Montánchez? *A la derecha aparece Sergio.*

SERGIO.—*Sin percatarse.* Oshidori, ¿dónde están las rimas?

FRANCISCA.—Buenas tardes, señorita Fortún. *Sale rápido. Quedan solos Elena y Sergio. Hay un largo silencio. Él está asombrado, cohibido y emocionado. Ella sonrío sin dejar de mirarle.*

SERGIO.—¿Por qué no hablas, Elena? ¿Por qué me miras así? ¿De qué te ríes?

ELENA.—Estás tan cambiado... Me hace gracia verte así. Ya sabía que te habías dejado. Y sin embargo no puedo remediarlo... Me hace gracia...

SERGIO.—Si hubiera sospechado que ibas a venir tú. . .

ELENA.—¿Te habrías peinado, te habrías cubierto esas ojeras, te habrías calzado tu traje “azul con rayitas blancas”? ¡Anda, hombre! Pero si estás muy bien...

SERGIO.—¿A qué mujer le puede gustar un hombre en este estado?...

ELENA.—¡Oh! ¿Quién sabe? Nada hay imposible. Las mujeres somos muy raras. Y como tú nos conoces tan a fondo...

SERGIO.—Empiezo a dudar de conoceros, Elena. Empiezo a dudar de haberos conocido nunca...

ELENA.—¿De veras?

SERGIO.—Por lo menos a ti...

ELENA.—¿Y a qué viene eso?

SERGIO.—A que, creyendo conocerte, jamás me hubiera pasado por la imaginación que te decidieras a dar este paso... Sé sincera. Dime la verdad. Explícame qué impulso te ha empujado a venir...

ELENA.— Oshidori averiguó mi residencia y me escribió una serie de cartas, sin que yo le contestase a ninguna. Pero en la última me excitó la curiosidad diciéndome que, el incorregible Sergio Hernán, el eterno seductor, habías abandonado tu imagen por completo, y decidí enviarle por fin una respuesta. La respuesta... soy yo.

SERGIO.—Entonces, ¿ha sido eso lo que te ha hecho venir?

ELENA.—¿Qué más da que haya sido eso que otra cosa? Oshidori es experto y sabe que al hombre le mueve la ambición y a la mujer la curiosidad...

SERGIO.—Mucho tengo que agradecerle a Oshidori; pero lo de hoy... no lo olvidaré nunca.

ELENA.—Y harás bien, porque te ha resultado uno de esos buenos discípulos que superan al maestro. Hasta sus frases han llegado a ser más eficaces que las tuyas: ya lo ves...

SERGIO.—¡Pues con qué gusto le pediría a él una frase para persuadirte a ti! . . .

ELENA.—Para persuadirme, ¿de qué?

SERGIO.—De que te quiero...

ELENA.—Creo que de eso empiezo yo a persuadirme, Sergio...

SERGIO.—*Maravillado.* ¡Elena!

ELENA.—Porque estoy enterada de tus melancolías, de tus llantos, de tus lecturas de Bécquer... De *Con intención* tus "romanticismos tirando a cursis"... *Sergio baja la cabeza, avergonzado.* Pero no te avergüences... Los hombres os avergonzáis siempre de lo que debía enorgulleceros y os enorgullecéis de lo que debía avergonzaros. ¡Qué frase para Oshidori!, ¿eh?

SERGIO.—Elena, no te burles.

ELENA.—¿Cómo voy a burlarme de que hayas llorado y te hayas sentido solo y triste?

SERGIO.—Entonces, ¿crees en mí? ¿Te sientes capaz de creerme... y de quererme?...

ELENA.—Para quererte no me falta nada.

SERGIO.—¡Elena!

ELENA.—Y para creerte sólo me falta convencerme de que no viniste aquí a enamorarme por dinero... *Por donde salieron entran entonces Oshidori, que trae un humor de mil diablos. Le sigue Francisca.*

OSHDORI.—¡¡Lo que yo me temía!!

Los DOS.—¿Eh?

OSHDORI.—¡Que esos sinvergüenzas se niegan en redondo a entregar los cuarenta mil duros! *Aparte, al ver a Elena.* ¡Atiza! ¡Me he colado!

SERGIO.—¡Un abrazo, Oshidori! *Le abraza.* ¡Decididamente, eres un genio!

OSHDORI.—Sí, señor.

SERGIO.—Ya lo oyes, Elena... Ellos se niegan a entregar ese dinero, y después de saberlo te quiero más que nunca...

ELENA.—Entonces es muy probable que empiece ya a creer en ti...

SERGIO.—¡Elena! *Se abrazan. Se oye una música.*

ELENA.—*A Sergio.* Pero tienes que prometerme que el Hernán que las apuntaba en un catálogo ha muerto...

SERGIO.—¡Prometido!

ELENA.—Y que romperás la gramola y que no verás fatalidad en otros ojos que en los míos.

SERGIO.—*Riendo.* ¡Prometido también!

FRANCISCA.—El conquistador conquistado. ¡Qué argumento para una película!

OSHDORI.—¡Ya tengo el título!: "Usted tiene ojos de mujer fatal."

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA